


"Hermoso... Admiro la reverencia por los niños que tiene Arnold." — Jonathan Kozol

EN PELIGRO

JOHANN
CHRISTOPH
ARNOLD

A photograph of a young child with light brown hair, wearing a light-colored dress and a necklace, standing in a doorway. The child is looking upwards and to the left with a serious, somewhat fearful expression. The background is a wooden door. The lighting is warm and slightly dim, creating a somber atmosphere.

*Tu hijo
en un mundo
hostil*

En Peligro

**Tu hijo en un
mundo hostil**

Johann Christoph Arnold

COMPARTA ESTE LIBRO ELECTRÓNICO CON sus amigos. Envíelo por e-mail o haga una impresión parcial o completa, pero rogamos no introducir modificación alguna. En el caso de que deseara obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o periódico, tenga a bien de atenerse a las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia: “Copyright 2007 por Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Farmington, PA 15437 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK (www.ploughbooks.co.uk)

*Copyright © 2007 by Plough Publishing House
Farmington, PA 15437 USA*

All Rights Reserved

Título del original: *Endangered: Your Child in a Hostile World*

Traducción por Esther Pérez

cover photo: © mike krieter /zephyr images

Cuando alguien me pregunta si debe o no tener hijos, nunca doy mi opinión”, dijo Morrie, y miraba la foto de su hijo mayor. “Digo simplemente: ‘Tener hijos es una experiencia sin igual’. Eso es todo. No hay nada comparable. No es lo mismo que tener un amigo. No es lo mismo que un amante. Si quieres tener la experiencia de ser totalmente responsable de otro ser humano, de aprender a amar y a crear profundos lazos de afecto, debes tener hijos”. “Entonces, ¿lo volverías a hacer?”, le pregunté. “¿Que si lo volvería a hacer?”, me dijo con tono de sorpresa. “Mitch, no me habría perdido esa experiencia por nada del mundo...”

Mitch Albom
de *Tuesdays with Morrie*

*A mis abuelos Eberhard y Emmy Arnold
cuyo amor a los niños y los jóvenes
inspiró este libro.*

Índice

<i>Introducción</i>	1
1. La trampa de la indiferencia	3
2. El niño mercancía	11
3. Grandes expectativas	21
4. El poder de un abrazo.....	31
5. Hechos sí, palabras no	40
6. La solución cómoda	54
7. Elogio de la oveja negra	64
8. Reverencia.....	78
9. Despegarse	88
<i>Epílogo</i>	100
<i>Agradecimientos</i>	103

Introducción

*En tiempos difíciles, lo que
nos queda es la esperanza.*

PROVERBIO IRLANDÉS

Abundan los libros sobre la educación de los niños: ésta es una de las pocas cosas de las cuales estaba seguro cuando decidí escribir este libro. Soy padre de ocho hijos y abuelo de veinticinco nietos, y he tenido amplia oportunidad de aprender lo que significa tener y criar hijos. A mi parecer, los padres de hoy no carecen tanto de aptitud como de ánimo. Sencillamente les falta la audacia para dar preferencia a sus hijos.

Al comienzo de un nuevo milenio, nos hallamos en una encrucijada. Por un lado, la prosperidad y el progreso han beneficiado a muchos; por el otro, millones carecen de techo y empleo y sufren de hambre y enfermedad. En cambio los males del racismo, la violencia y la indiferencia afectan a la gente en ambos lados de la brecha económica. Un destacado periodista caribeño, radicado en la ciudad de Nueva York, se preocupa por las relaciones entre la policía y las personas de color como él; lo describe así: “Cada vez que mi hijo sale a la calle, se convierte en una ‘especie en peligro’ ”.

Las fuerzas que, en nuestra generación, han transformado la sociedad, si-

guen transformándola con tanta rapidez que, dentro de una o dos décadas no más, ¿quién sabe qué clase de mundo veremos? Hay que ser ingenuo para suponer que será un lugar más seguro o más feliz para los niños.

Un libro sobre la educación del niño no puede cambiar el mundo. Pero padres y maestros sí pueden, si se dedican a salvar a cada uno de los niños que se les confía. Es por eso que he decidido brindar a mis lectores, mediante este libro, el aliento de quienes saben de qué se trata —personas solteras, casadas o divorciadas, en circunstancias desahogadas o difíciles, que tienen hijos propios o trabajan con niños. Sus historias contienen enseñanzas arraigadas en la vida cotidiana. Y no olvidemos que, por más oscuro que nos parezca el horizonte, para nosotros al igual que para los niños cada mañana empieza un nuevo milenio y, con ello, la posibilidad de un nuevo comienzo.

Rifton, Nueva York

mayo de 2001

1. La trampa de la indiferencia

*El mayor mal del mundo no es ni la ira
ni el odio, sino la indiferencia.*

ELIE WIESEL

Susan y Nick querían tener hijos. Ambos tenían empleos de jornada completa, pero por más que se esforzaron la suma de sus ingresos simplemente no alcanzaba hasta fin de mes. Era imposible ahorrar: una vez pagadas las cuentas, el resto no daba para más. Peor todavía, el empleo de Nick no incluía seguro médico, ni el de Susan licencia de maternidad. Aun así, estaban decididos a iniciar un embarazo —y lo hicieron.

No ha de sorprendernos, pues, que sus colegas de trabajo no demostraron gran interés. Nick, un hombre casado, regular y trabajador, dice que empezaron a tratarlo como un tramposo que abusa de la asistencia social. A Susan le preguntaron: “¿No podían haber planeado mejor?” Nadie fue abiertamente cruel, mas tampoco nadie se alegraba por ellos. Con el tiempo, la indiferencia les dolió más que todos los comentarios.

Con la llegada del bebé, ambos se deleitaron en su nuevo papel de padres, pero enseguida empezaron los inconvenientes. Hubo complicaciones con el parto que resultaron en cuentas médicas imprevistas, de modo que Susan tenía que volver al trabajo cuanto antes; pero era casi imposible encontrar una guar-

dería infantil que estuviera al alcance de su limitado presupuesto. Después de una búsqueda frenética de dos semanas, Nick encontró un lugar que tenía plazas para recién nacidos. Cuando fue a verlo, se encontró en la casa particular de dos señoras de edad quienes cuidaban a dieciocho criaturas, cada una más sucia y desconsolada que la otra, amarradas a asientos de bebé (de los que se usan en el auto) mirando la televisión. A Susan, el lugar le disgustó tanto como a Nick, pero no les quedaba otra opción: o bien dejar el empleo, o inscribir a Jenny. Hicieron lo segundo.

El dilema de Susan y Nick no es una excepción; se repite en muchas partes y con un sinnúmero de variantes. Pero su frecuencia no lo hace menos vergonzoso ni menos frustrante. Si en uno de los países más ricos del mundo—y en una de las décadas más prósperas que jamás hemos conocido—una joven pareja que desea tener hijos enfrenta obstáculos de tal magnitud, algo anda muy mal. Y no me refiero a la falta de planificación familiar.

Sin duda, comparada con muchas niñas, Jenny es una chiquilla privilegiada: su madre la quiere, tiene padre y tiene un hogar. Pero, cuando crezca, ¿cómo será el mundo que le espera?

Cada día, en los Estados Unidos, asesinan a veintidós niños; cada noche unos 100.000 niños duermen en los parques, bajo los puentes o en albergues para personas sin techo. Todos los días, 2.800 niños sufren el divorcio de sus padres; y para un millón y medio, la única forma de ver a sus padres es visitarlos en la cárcel.

A nivel global, las estadísticas son aún más inconcebibles. Diariamente mueren de hambre casi 40.000 niños, y millones realizan trabajos forzados, incluso en los burdeles de Asia para satisfacer la demanda del turismo sexual. Además, se calcula que actualmente un cuarto de millón de niños—algunos de sólo cinco años de edad—son contratados para luchar en los conflictos armados que se libran desde las Américas hasta África.

Para Jenny y un sinnúmero de otros niños, el mundo en que nacen no es un lugar acogedor. Tarde o temprano, en el hogar no menos que en el parque

público, se verán acosados por problemas que recuerdan a ficheros policiales: abandono y abuso infantil, abuso sexual y automutilación, acceso a drogas y armas.

Los padres, ¿qué podemos hacer? Valga la pregunta. Bastante tenemos que hacer la mayoría de nosotros con nuestros propios hijos sin preocuparnos por los ajenos, ni hablar de las anónimas masas de Mozambique, Sao Paulo, Calcuta o del Bronx. Las horas del día no alcanzan ni para vivir nuestras propias vidas; en el momento decisivo, es evidente a quiénes vamos a dar preferencia. Precisamente por eso acabo de relatar la anécdota de Susan y Nick. Parece que somos incapaces de ver más allá de las necesidades inmediatas, y nos esforzamos por resolverlas a expensas de todo lo demás. Así terminamos por quedar atrapados en la indiferencia.

En cuanto a las estadísticas: las cifras son horrendas, pero también confunden; y aunque no queramos admitirlo, suelen abrumar o aburrirnos en lugar de escandalizarnos. Tomemos, por ejemplo, la total ausencia de indignación pública cuando, en 1998 (en una entrevista televisada del programa *60 Minutes*), un periodista preguntó a la Secretaria de Estado de los Estados Unidos Madeleine Albright si opinaba que las sanciones impuestas a Irak “valían el precio”. Después de admitir que en los ocho años precedentes alrededor de 750.000 niños habían muerto a consecuencia directa de esas sanciones, la Secretaria de Estado afirmó: “Creemos que es una opción dura, pero pensamos —pensamos que sí, que vale ese precio”. Ex refugiada de guerra ella misma, Albright también es madre, y me resulta difícil creer que sea tan dura de corazón como la hacen aparecer sus palabras. Con todo, si ese sentimiento fuera sólo expresión de la política gubernamental y no reflejara la opinión pública, pienso que las sanciones ya se habrían derogado hace mucho. En otras palabras, no estoy seguro de que la declaración de Albright pueda explicarse como artimaña política y nada más.

Resulta irónico que Washington, al justificar la estrangulación de Irak por medio del hambre, simultáneamente anunció planes para inaugurar el nuevo

milenio con la proclamación del Año del Niño. Me costaba creerlo, y escribí a un amigo, periodista afroamericano, para saber lo que él pensaba. Ésta es su respuesta:

No veo nada malo en proclamar un año del niño. Incluso, puede que tenga algo de laudable. Pero lo cierto es que esa proclamación, por más nobles que sean sus intenciones, tendrá poco efecto concreto sobre las vidas infelices de miles de millones de niños pequeños que luchan por respirar en este planeta.

Los diplomáticos y los políticos obedecen al poder de los intereses creados y son sus instrumentos. Según tengo entendido, los niños no tienen PAC (comités de acción política), ni disponen de capital. Son pequeños símbolos que están a mano para recibir besos en la campaña electoral. Pero cuando se ponen en marcha los programas concretos de los políticos, no se les presta atención.

Si sobreviven, los niños de hoy heredarán un mundo que sus padres y abuelos han devastado, cuyos mares son vertederos ácidos de donde han huido las ballenas; cuyas selvas tropicales sólo son recuerdos con que sueñan los indios; donde la avaricia del hombre ha saqueado las entrañas de la Madre Tierra y convertido los genes humanos en fábricas de lucro. Heredarán un planeta exhausto, donde el agua potable es cada vez más escasa, y donde el aire puro es una mercancía...

El mundo en que vivimos teme y odia a su cría. Si no fuera así, ¿cómo explicar la herencia sucia, contaminada y hueca que les dejamos? Esta generación, que alcanzó la mayoría de edad en medio de una creciente oleada de movimientos de liberación, hoy es una de las más represivas en la historia humana; despacha a sus hijos a más calabozos por más tiempo que la generación precedente. Despoja a las escuelas urbanas y rurales que ya estaban arruinadas, y fomenta una educación irrelevante cuyo mensaje esencial es la obediencia.

Los conocimientos se han convertido en una mercancía más, al alcance de los pocos que tienen con qué comprarla. En una nación que ha amasado más riquezas que el antiguo Imperio Romano, millones de niños asisten a escuelas tristes y descalabradas —horrendos mataderos de la mente.

Nuestros hijos están sedientos de amor. Usan calzado deportivo de doscientos dólares, videojuegos, computadoras. Algunos incluso tienen sus propios autos —los refulgentes despojos de padres que trabajan ambos. Tienen todos los últimos juguetes, pero no reciben amor.

Si los niños no son amados, ¿cómo pueden amar? Si no son amados, ¿qué pueden hacer sino odiar?...

El Año del Niño se proclamará a toda voz y con fanfarrias, en calendarios y periódicos, y por los mentirosos labios de políticos alcahuetes. Pero cuando se acaben las hojas del calendario, cuando el periódico se arroje estrujado a la basura y los políticos lloren sus lágrimas de cocodrilo porque “sienten nuestro dolor”, nuestros hijos seguirán siendo los naufragos del buque capitalista. Se ahogan en un mar de indiferencia, y seguirán ahogándose después del año 2000.

Por supuesto, no podemos culpar sólo al gobierno. También somos culpables nosotros mismos. Con nuestro estilo de vida de clase media privilegiada, hemos creado, al menos en parte, los arrabales donde de entrada todo va en contra de los hijos del pobre. Permanecemos mudos ante una política que amenaza el futuro de naciones enteras; apartamos la vista cuando reprimen, encarcelan, esclavizan y dejan morir de hambre a niños de otras razas y clases sociales. Mientras nos distanciamos de todo esto a sabiendas, no podremos invocar nuestra inocencia.

Admito que, ante el sufrimiento de los niños necesitados del mundo, mucha gente no es indiferente sino ignorante. Tal era sin duda mi caso, al menos hasta aquel día de mayo de 1998, cuando mi iglesia me envió a Bagdad. Allí fui testigo de sufrimientos en una escala que jamás podría haber imaginado.

Nuestro viaje fue un gesto de buena voluntad. Éramos un grupo de europeos y norteamericanos opuestos a las sanciones de las Naciones Unidas contra Irak. Visitamos refugios antiaéreos, hospitales, guarderías infantiles y escuelas, y presenciamos los espectáculos más duros que jamás he visto. Cientos de niños se morían de hambre ante nuestros ojos; las madres sollozaban, suplicándonos que les dijéramos por qué las tratábamos de esa manera. En lugar de

explicarles que habíamos venido precisamente para protestar contra la política de nuestro gobierno, sólo pude echarme a llorar. Fui incapaz de hablar, pero traté de prestar oídos y de traerles así por lo menos un poco de consuelo.

Desde entonces hemos vuelto a Bagdad dos veces, mi esposa y yo, así como otros miembros de nuestra iglesia; hemos llevado comestibles, medicamentos y otras provisiones, y ofrecido nuestros servicios en hospitales cuyas salas no se habían limpiado en muchos años.

Aunque sólo un grano de arena en cuanto a su efectividad, estos viajes fueron experiencias vitales para mí, sobre todo porque me enseñaron una verdad que nos hace falta recordar: siempre son los niños quienes más sufren por los pecados del mundo. Y esto es tan cierto en un país “desarrollado” como en un país pobre o desgarrado por la guerra.

Es obvio que no podemos ir todos a Irak, ni mudarnos todos a los barrios pobres de los centros urbanos; incluso no tendría mucho sentido. Pero estaría mal no interesarnos por lo que pasa más allá del portal de nuestra casa y conformarnos con una vida de materialismo e indiferencia.

El autor norteamericano Henry David Thoreau escribió en su diario: “Sólo amanece el día en que estamos despiertos”. Apliquemos este pensamiento a los enigmas que nos plantea la vida. En cuanto nos levantamos y abrimos las persianas, vislumbramos soluciones, por más distantes que parezcan. Y aunque nos resulte incómodo, empezamos a discernir prioridades, a distinguir una serie de dificultades que de hecho podemos resolver, y a descubrir la multitud de niños cuya situación no es irremediable.

Pero eso significa que debemos archivar nuestros discursos sobre el Año del Niño y buscar al niño que nos necesita hoy. Significa abandonar nuestros análisis de los peligros que amenazan a la niñez y ocuparnos de los niños mismos. Significa comenzar a vivir como si los niños realmente nos importaran.

En 1991, mientras gastamos miles de millones de dólares en “salvar” a los kuwaitíes de la invasión iraquí, dos millones de nuestros propios hijos—tres veces la población total de Kuwait—intentaron suicidarse. Ocho años después

tratamos de “salvar” a los kosovares de los serbios, bombardeando a ambos hasta hacerlos añicos. En el mismo período, miles de niños murieron a manos de sus propios padres o tutores en los Estados Unidos y Europa Occidental.

Si realmente nos importaran los niños, reconoceríamos que son ellos las víctimas por las cuales debemos luchar, y nos movilizaríamos en su defensa. Volcaríamos al revés el presupuesto nacional, de manera que su rubro mayor fuera el gasto dedicado a los niños, y el menor la inversión en armas y bombas (o, mejor aún, eliminaríamos el presupuesto militar del todo). En lugar de nuevas cárceles, nuevas escuelas brotarían como setas por todo el país, y triunfarían los políticos cuyos programas fomentasen la educación en vez de empeñarse en idear castigos cada vez más rigurosos para reprimir el crimen.

Si nos importaran los niños, nuestras ciudades invertirían sus recursos en guarderías infantiles y en programas extraescolares que estén al alcance de los padres, en vez de establecer toques de queda y contratar más policías. Claro está que no emplearían agentes como aquel que, luego de capturar al cabecilla de una banda juvenil de narcotráfico con las manos en la masa, contestó que no, cuando le preguntaron si un arresto había resuelto el problema. “Entonces, ¿qué propone usted?”, volvieron a preguntarle. Con la mano imitó una pistola: “Pegarles un tiro cuando los agarro”.

Digamos que eso fue una broma pesada. De todos modos, denota una actitud bastante común. Ya no hay compasión en esta cultura en la que la violencia— incluso la violencia contra los niños—ha llegado a ser cosa cotidiana, y nos tornamos insensibles.

¿De veras? Si bien es cierto que abundan los patronos indiferentes y los policías de gatillo alegre, es igualmente cierto que todos los días, en este mundo desgarrado y torcido, nacen nuevos niños como Jenny. Cada uno de ellos trae el mensaje, en las palabras del poeta hindú Tagore, que “Dios no ha perdido su fe en la humanidad”. Es un pensamiento místico que también lleva en sí un desafío. Si el Creador sigue teniendo fe en esta humanidad, ¿quién soy yo para que la abandone? Por más lamentable que sea el estado del mundo, debemos

dar la bienvenida a los niños porque ellos son los mensajeros de su salvación. Al fin y al cabo, si nuestra indiferencia es la causa de tantas cosas que andan mal, el camino hacia su solución no quedará oculto por mucho tiempo.

Se dice que el mayor mal que sufre el mundo no es la ira ni el odio, sino la indiferencia. Luego lo contrario también es cierto: el máximo amor es la atención que nos brindamos unos a otros, y en primer lugar a los niños. Lo mejor que podemos hacer por nuestros hijos es, sencillamente, apreciar su existencia y prestarles atención...

2. El niño mercancía

*Donde esté tu tesoro,
allí estará tu corazón.*

J E S Ú S D E N A Z A R E T

—¡Adelante! —dijo el profesor.

John abrió la puerta. Goatstroke estaba leyendo una revista académica. Señaló con un gesto la silla de madera frente a su escritorio. John se sentó en silencio y miró alrededor suyo, esperando que su mentor terminara...

John respiró hondo, dolorido.

—Sabe, Martha, mi esposa, está otra vez embarazada.

Imperceptiblemente, Goatstroke inclinó la cabeza.

—Bueno, —dijo el profesor— ¿me imagino que lo resolverán cuanto antes?

—Martha quiere tener el bebé —añadió John con voz débil...

—Sí, pero... —Goatstroke tuvo que interrumpirse para recobrar la calma—. Mira, —dijo— tienes que convencerla. Si no por su porvenir profesional, entonces por el tuyo... Debes entender... se trata de tu carrera, John. Tienes que establecer tus prioridades... Éstas son las cosas que diferencian a los hombres de los muchachos...¹

En un mundo donde el dólar ha echado su embrujo sobre todos los aspectos

¹ Martha Beck, en su libro *Expecting Adam*, describe lo que es tener un bebé en la universidad Harvard.

de la vida, tanto pública como privada, puede que el peligro más solapado que amenaza a los niños sean los lentes materialistas con los cuales los percibimos. Hay quienes consideran—con una actitud deliberadamente calculadora—que los hijos son haberes o inversiones. Es evidente, dada la frecuencia de conversaciones como la que acabo de citar, que muchos futuros padres los consideran bajo criterios aún menos favorables: sus niños han llegado a ser cargas, riesgos o débitos. Vivimos pues en una cultura que niega su apoyo a los niños repetidas veces en el curso de su vida, y que a menudo los desprecia abiertamente.

Hay cierta ironía en que el mismo materialismo que engendra esa hostilidad hacia los niños, los recibe con brazos abiertos si tienen dinero para gastar. Cierto que las leyes laborales han prohibido el trabajo de menores en el mundo occidental, pero nuestra generación cuenta con su propia forma de esclavitud, tan provechosa como aquélla: el niño consumidor. Los agentes de publicidad, que asaltan los bolsillos inagotables de adultos cuyo dinero alimenta la economía más próspera de la historia, han descubierto el más lucrativo de los mercados: sus pequeños (y no tan pequeños) niños y niñas.

Los niños y adolescentes de hoy son a la vez pedigüños persuasivos y víctimas fáciles. No cuesta mucho lograr que arrastren a sus padres a las tiendas, semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Pasa lo mismo en las escuelas. En los Estados Unidos, un número creciente de distritos escolares aceptan incentivos de orden material y financiero—nuevas computadoras, artículos deportivos, máquinas expendedoras—que las grandes empresas como Pepsi ofrecen a cambio del derecho exclusivo de vender sus mercancías a las ávidas multitudes durante el recreo y a la hora del almuerzo.

En el mundo entero, millones de personas viven en condiciones de extrema pobreza, mientras la mayoría de los niños en Europa Occidental y los Estados Unidos tienen más—mucho más—de lo que necesitan. Estamos formando una generación de niños que sólo pueden calificarse de mocosos malcriados. Muchos padres se apresuran a culpar la cultura materialista que los rodea, y la ininterrumpida dieta de propaganda comercial a que están expuestos los niños

diariamente. A mi entender, el problema tiene otras raíces también.

Los hijos consentidos son productos de padres consentidos, padres que insisten en salirse con la suya, y cuyas vidas se estructuran en torno a la ilusión de que la gratificación inmediata sea fuente de felicidad. Los niños se malcrian no sólo por la sobreabundancia de comida, juguetes, ropas y otros bienes materiales. Muchas parejas sencillamente los miman y complacen todos sus caprichos. Si es mala educación complacerles de tal modo cuando esos chiquitines todavía están en el corralito, más tarde será peor, porque a medida que ellos crecen también crecen los problemas. ¿Cuántas madres acaban sintiéndose agotadas por tratar de satisfacer cada exigencia de sus hijos? ¿Y cuántas más hay que ceden con tal de que se queden tranquilos?

Soy hijo de inmigrantes europeos que huyeron a América del Sur durante la Segunda Guerra Mundial, y me crié en medio de lo que podría llamarse pobreza. Durante los primeros años de mi vida, la comida consistía de poco más que polenta con melaza, o pan con manteca de cerdo y sal —para nosotros un festín. No obstante, me resulta difícil imaginar una niñez más dichosa. ¿Por qué? Porque mis padres, por apretado que fuera su programa del día, siempre tenían tiempo para darnos la atención que necesitábamos, y todas las mañanas antes de salir para la escuela desayunábamos juntos.

Hoy día, la noción de desayunar en familia para comenzar el día, o de cenar juntos para terminarlo, es un lujo para muchos. Aún si lo desearan, los diferentes horarios y las largas distancias entre la casa y el trabajo lo hacen poco menos que imposible. Siempre son los niños los que salen perdiendo, y no estoy convencido de que es únicamente por necesidad económica. El embrollo de idas y venidas que pasa por ser vida de familia en muchos hogares, parece resultar de la insistencia en mantener un cierto nivel de bienestar material.

Es evidente que no se puede vivir sin dinero ni bienes materiales; cada hogar debe contar con quien lo mantenga y con planes para el futuro. Pero, a fin de cuentas, no son los objetos materiales, sino el amor que brindamos a nuestros hijos, lo que les acompañará por toda su vida. Es algo que fácilmente

olvidamos cuando nos seduce un aumento de sueldo, un mejor empleo o la posibilidad de algún dinero inesperado. Hace poco recibí carta de una amiga que pasó la mayor parte de su infancia mudándose de un lado a otro, debido a la profesión de su padre. Pat escribe:

Como la mayoría de los hombres de su generación, mi padre decidió dedicarse de lleno a su vida profesional. Era oficial de la Fuerza Aérea. Recuerdo muy bien las ocasiones en que sacaba algún tiempo para nosotros —eran tan pocas que cada una fue algo muy especial. Queríamos mucho a nuestro padre; era tan atento y afectuoso cuando estaba en casa. En aquella época no nos sentíamos desatendidos; parecía normal que trabajara los fines de semana o que desapareciera de casa durante un mes o un año entero. Pero ahora que soy adulta, me pregunto por qué se sacrificó durante todo ese tiempo. ¿Por su profesión? ¿Por su país? No puede haber sido por el dinero. Se me ocurre ahora que era egoísmo disfrazado de devoción al deber.

Estoy segura, si mi matrimonio hubiera perdurado y hubiéramos tenido hijos, habríamos hecho exactamente lo mismo. En las familias acomodadas se considera “normal” dar primacía a la profesión...

Veo a tantos padres de familia dedicarse de lleno a su trabajo. Trabajar cuarenta, cincuenta o sesenta horas por semana es manera más fácil de obtener inmediata satisfacción que dedicar tiempo a los hijos. Es más cómodo ser parte de un establecimiento con reglas y objetivos bien definidos, y tener éxito en el ámbito financiero, industrial o comercial, que resolver los conflictos domésticos.

Un pretexto común es: “Trabajo para mandar a mi hijo a la universidad”, o bien: “Quiero amortizar la hipoteca para poder dejarles algo a mis hijos”. No cabe duda: es mucho más difícil dedicar tu tiempo y tu atención individual a los hijos que trabajar “para ellos”, amasar dinero “para el futuro” —o sea, comprar el amor de tus hijos. Pero ellos no piden una herencia, sino la presencia de sus padres, y la piden ahora mismo.

Con toda razón Pat observa que los beneficios materiales no tienen la misma importancia para el niño como para el adulto. Recuerdo cómo, de chicos en Sudamérica, un amigo norteamericano que estaba de visita se interesaba por

mí y mis hermanas. Un día nos preguntó si era difícil vivir con tan poco. Yo lo miré y pensé que debía estar loco. ¿Difícil? ¿De qué estaba hablando? ¡Aquello era un paraíso! Hoy entiendo su punto de vista, sobre todo porque he criado a mis propios hijos en los Estados Unidos bajo circunstancias relativamente holgadas. Pero no puedo olvidar que, cincuenta años atrás y desde una perspectiva muy diferente, aquella pregunta me parecía ser indicio de una mente trastornada.

Es cuestión, pues, de diversos puntos de vista. En mis frecuentes viajes me sorprende cada vez que en los lugares más empobrecidos del planeta se les tiene el mayor apego a los niños. La gente de estos lugares carece de las ventajas materiales que se consideran normales en los países desarrollados. Allí, las tasas de mortalidad infantil son altas, los alimentos escasos; las medicinas, cuando existen, nunca alcanzan. Los juguetes son palos o latas; las ropas, trapos o camisetas viejas; los bebés no tienen biberones, ni cunas o cochecitos. Pero allí he visto las sonrisas más radiantes y los abrazos más cálidos, el afecto más evidente entre adolescentes y sus padres, entre ancianos y niños.

Era igual en la ciudad de La Habana. Las condiciones de vida en Cuba no son míseras, pero la isla sufre como resultado del caos económico que la retirada de Rusia causó allí al concluir la Guerra Fría, y las duras sanciones económicas impuestas por los Estados Unidos. Los edificios están en mal estado, en las tiendas y las farmacias escasean las mercancías, las escuelas carecen de materiales básicos y el transporte público es precario. Pero una y otra vez me tropezaba con carteles que recuerdan a los transeúntes: “Los niños de Cuba son nuestra primera responsabilidad”.

Habrán quienes interpretan esos mensajes como una propaganda engañosa, pero la propia experiencia nos demuestra que se equivocan. Al contrario, lo que dicen esos carteles puede comprobarse en cada una de las escuelas que visitamos: de parte de los estudiantes, una pasión por aprender y una saludable autoestima; de parte de los maestros, la convicción de que, por difícil que sea la situación, hay que cuidar a los niños con amor, orgullo y respeto. Esto se

notaba sobre todo en un hospital, donde se trata a jóvenes pacientes de cáncer oriundos de Chernobil. El entusiasmo y la alegría de aquellos niños—y el excelente cuidado que reciben—son inolvidables.

Algo les falta a los colegios adinerados y hogares prósperos de nuestro país. ¿Qué es ese algo? A pesar de tener a su alcance amplios fondos y más que suficientes recursos materiales, no se logran los mismos resultados positivos con nuestros hijos. Por lo pronto, según opina el psiquiatra Robert Coles, falta un propósito en la vida que va más allá de aspirar a una casa grande o al último modelo de automóvil.

Creo que cada niño... desesperadamente necesita un propósito moral en la vida, pero no se lo impartimos a un gran número de nuestros hijos. En su lugar, les damos padres demasiado preocupados por matricularlos en las universidades apropiadas, por comprarles la mejor vestimenta, brindarles la oportunidad de vivir en un barrio acomodado, ofrecerles vacaciones interesantes y un montón de otras cosas más.

No defiendo la pobreza. Tampoco desconozco la existencia, en el “mundo desarrollado”, de millones de niños pobres, desde los huertos de California y Washington hasta las favelas de Río de Janeiro y el East End de Londres. En esos lugares y en tantos otros se les niega a los niños las necesidades más perentorias; ni hablemos de los lujos que nos damos nosotros porque creemos merecerlos. Pero creo firmemente que, en última instancia, el bienestar de un niño no depende de la prosperidad de sus padres. Quienes están aferrados a esta mentalidad tan miope, han sucumbido a un mito peligroso.

A la vuelta de una visita a los Estados Unidos, la Madre Teresa comentó que nunca había visto tal abundancia de cosas. Pero tampoco había observado “tanta pobreza de espíritu, tanta soledad y tantos sentimientos de rechazo... Ésta, y no la tuberculosis o la lepra, es la peor enfermedad del mundo actual... Es la pobreza nacida de la falta de amor”.

¿Qué significa brindarle amor a un niño? Para muchos padres—en especial aquellos cuyo trabajo los obliga a estar fuera de casa durante varios días

o semanas—traer regalos a la vuelta es una forma de sobreponerse a sus sentimientos de culpa. Por buena que sea su intención, olvidan que en realidad sus hijos piden, y necesitan, su tiempo y su interés, un oído atento y una palabra alentadora. Muchos niños rara vez reciben eso.

Gina, una amiga de mis hijas, aceptó un puesto de maestra preescolar en un colegio del estado de Georgia. Al principio tuvo muy buena impresión. La escuela era pequeña, ordenada y bien provista; había pocos niños en cada clase y todos parecían provenir de hogares acomodados. Sin embargo, al poco tiempo su entusiasmo se transformó en espanto.

Los padres de los niños que están a mi cuidado tienen todo lo que desean—autos de lujo, ropas caras, casas enormes y dinero de sobra para gastar—pero muchos de ellos están tramitando su divorcio, engañan a sus cónyuges, son adictos al alcohol y las drogas, o pelean y se insultan en casa... Y todo eso se refleja en sus hijos.

Amanda, una nenita de tres años de edad, parece dedicarse exclusivamente a tener accesos de rabia, tal es la ira y frustración que descarga en sus padres. A menudo dice cosas como: “Odio a mi papá”, o “¡Que mi mamá no venga a buscarme hoy!”

Los padres de Amanda viven separados; en realidad, nunca estuvieron casados. Comparten la custodia de la niña, de modo que Amanda pasa cierto número de días por semana con el padre e igual número con la madre. Sin falta, los días cuando la transfieren de papá a mamá y viceversa son una calamidad. Se orina en el catre a la hora de la siesta, muerde, pega y araña a otros niños, y en general interrumpe la clase cada vez que tiene una oportunidad.

Hace poco, la madre de Amanda empezó a salir con otro hombre, y le dijo a la niña que tenía que llamarlo “papá”, de modo que ahora Amanda tiene dos papás. ¡Está totalmente desorientada! Para colmo, su madre quiere que se porte bien y se vea linda todo el tiempo. He aprendido a fijarme que esté limpiecita y peinada cuando su madre viene a buscarla por la tarde.

Hay otro niño extremadamente inseguro, sobre todo a la hora de la siesta. Se llama Jared. Todos los días tengo que sentarme junto a su catrecito y acariciarle la espalda o la cabeza y cantar —y eso no para que se duerma, sino

para que se calme lo suficiente como para quedarse acostado.

Como también tuve oportunidad de cuidar a Jared por las noches, sé por qué es tan infeliz. Lo supe la primera vez que entré a su casa. Mientras sus padres corrían de un lado a otro y se arreglaban para salir, Drew, el bebito de diez meses, lloraba solo en la cocina, sentado en su sillita con un biberón vacío en las manitas. Jared, de tres años recién cumplidos, estaba solo en la sala, acurrucado en el sofá mirando en la televisión un filme prohibido para menores. La mamá salió corriendo, dándome al pasar instrucciones a qué hora los chicos debían acostarse, y se fue a alguna fiesta con su esposo, quien la esperaba en el auto...

Una cosa es tener hijos. Crear un hogar—un lugar de amor y estabilidad—es otra muy diferente. Es lamentable cuántos adultos ni idea tienen de lo que significa. Están “demasiado ocupados” para dedicarse a sus hijos. Algunos padres piensan en poco más que el trabajo y (como los padres de Jared) en las diversiones; si al final de un largo día de trabajo llegan a ver a sus hijos, apenas les queda energía para ocuparse de ellos. Puede que estén sentados juntos a ellos en el sofá, pero con el pensamiento todavía están en el trabajo, los ojos puestos en el noticiario de la noche.

En su fuero interno, todo padre sabe que criar hijos exige más que proporcionarles casa y comida. La mayoría no tendrá inconveniente en admitir que deberían dedicar más tiempo a sus hijos. Pero son pocos quienes, tras haberlo admitido, también están dispuestos a convertir en hechos sus buenas intenciones.

Uno de esos pocos es David, un abogado buen amigo mío. Trabajaba en uno de los más prestigiosos bufetes del mundo. En un año, ganaba más dinero que mucha gente gana en toda la vida. Sin embargo, su familia daba poca importancia a su salario y prestigio. ¿Habría sido porque nunca estaba en casa para disfrutarlos con ellos? Ni a la esposa ni a los hijos les cayeron bien sus excusas, y en lugar de empeñarse, David decidió escuchar. Pronto había oído lo suficiente como para darse cuenta de que el único camino que le quedaba

era dejar el despacho de abogados.

Hace como diez años, regresaba a casa luego de asistir con un colega a una competición deportiva de los “Cub Scouts”. Mientras los niños jugaban y se reían en los asientos traseros del auto, mi colega se aclaró la garganta como para abordar un tema espinoso. “David”, me dijo, “estás cometiendo un grave error al abandonar el bufete. ¿Te das cuenta?” Se refería a mi decisión de presentar mi renuncia con seis meses de preaviso. “No puedes hacer lo que te da la santa gana”, continuó. “Tienes cinco hijos. Tu deber consiste en ofrecerles la mejor vida posible y mandarlos a las mejores universidades que los acepten. Estás esquivando tu deber”.

Dejé pasar unos segundos. Por fin le contesté: “La idea no fue mía. Mi intención no fue nunca trabajar menos de veinte horas por semana. Mis hijas me imploraron que renunciara”.

Era la pura verdad. Durante dos años había combinado veinte horas por semana de abogacía con un tiempo igual de asistencia a enfermos de SIDA o cáncer. Ello había sido un cambio radical en mi vida —la de un abogado que se había pasado la vida en aviones, atendiendo a clientes en todo el país, trabajando entre ochenta y noventa horas a la semana. Pero entonces estalló la Guerra del Golfo. Mi trabajo de abogado “a tiempo parcial” se fue a pique, y pronto estaba en el mismo trajín de antes.

A las seis semanas de ese estado de cosas, una de mis hijas, alumna del sexto grado, desapareció de la escuela —simplemente no estaba cuando fuimos a recogerla. La buscamos durante más de dos horas, y terminamos por llamar a la policía. Un amigo la encontró sola, llorando, caminando por la carretera. La explicación fue muy sencilla: “Papi, antes, cuando nunca estabas, no importaba. Pero ahora que estoy acostumbrada a que estés en casa, no puedo aguantarlo. Quiero que dejes la abogacía”.

Primero intenté que otra hija mía, ya en el noveno grado, hiciera entrar en razón a su hermana menor, pero no resultó. Las dos estaban totalmente de acuerdo. Para que se dieran cuenta de lo que pedían, quise demostrarles cuán severas serían las consecuencias económicas y lo puse todo por escrito. Tendrían que costearse ropa, auto, gasolina, seguro, anuarios escolares, los bailes del colegio, los estudios universitarios, los viajes, etc. Nada. Lo que

querían mis hijas era mi presencia...

En ese momento mi colega frenaba el coche ante una luz roja. “Mira”, me dijo, impaciente, “¿estás esquivando tus responsabilidades!” Parecía demasiado importante para poner fin a la discusión así como así. Dejé pasar unos momentos. Al borde de la carretera, me llamó la atención—en lugar de las omnipresentes plantaciones de pino destinadas a la industria papelera—un grupo de árboles que se habían negado a ponerse en línea recta, a someterse a todo control, a ser talados y procesados en el aserradero mercantilista.

“No estoy de acuerdo”, le dije, sin reprocharle. “No estoy de acuerdo. Y apuesto a que en lo profundo de tu corazón tú tampoco lo estás”.

3. Grandes expectativas

Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací.

HENRY DAVID THOREAU

Hace poco leí un artículo sobre una escuela en Kenya que funciona a la sombra de una arboleda. El director, cuando niño, había ayudado a plantar esos árboles, y recordaba un viejo proverbio africano: “Cuando te dispones a plantar un árbol, nunca plantes uno solo. Planta tres: uno para que te dé sombra, otro para que te dé frutos y un tercero para que te dé belleza”. Es sabio consejo en un continente donde el calor y la sequía prestan valor a cada árbol. Al mismo tiempo, es un interesante concepto educativo, especialmente en una época como la nuestra, cuando gran número de niños se ven amenazados por un enfoque unilateral que los aprecia sólo por su capacidad de dar frutos, es decir, de “llegar lejos”, de “tener éxito”.

La presión para destacarse está transformando la niñez de nuestros hijos de una manera inusitada. Ciertamente que los padres siempre han querido que sus hijos “salgan adelante”, tanto en lo académico como en lo social. Nadie quiere que su hijo sea el más lento de la clase, ni el último que seleccionen para el equipo de fútbol. Pero nuestra cultura ha contribuido a transformar una preocupación muy natural en una especie de obsesión —¿con qué resultado para los

niños? Además, ¿qué significa “llegar lejos”? ¿Qué es el éxito sino un elevado y nebuloso ideal?

Mi madre solía decir que la educación empieza en la cuna, y ningún gurú de hoy en día estaría en desacuerdo con tal aserción. Pero resulta instructiva la diferencia entre las maneras de interpretarla. Las mujeres de la generación de mi madre les cantaban a los bebés para que se durmieran, tal como ya hicieron las abuelas (porque al bebé le encanta oír la voz de mamá), mientras que las madres de hoy tienden a citar estudios sobre el efecto positivo que ejerce la música de Mozart sobre el desarrollo del cerebro infantil. Hace cincuenta años, las mujeres amamantaban a sus bebés y cantaban a sus pequeños —era lo más natural. Hoy ya casi nadie hace ni lo primero ni lo segundo, a pesar de la insistente cháchara sobre la necesidad de establecer lazos afectivos y cultivar las relaciones naturales entre padres e hijos.

Cuando terminé mi primer libro, me percaté de algo que no había notado hasta entonces: la importancia de los espacios en blanco. Los espacios en blanco son los que se encuentran entre las líneas de texto, los márgenes, el espacio extra al comienzo de un capítulo, la página en blanco al principio del libro. Son lo que permite que el texto “respire” y ofrecen al ojo un lugar donde descansar. El lector no repara en los espacios en blanco del libro que está leyendo, pero notaría de inmediato si desaparecieran. Son la clave de una página bien diseñada.

El niño, al igual que el libro, requiere espacios en blanco —necesita espacio para crecer. Desgraciadamente, son muchos los niños que no lo tienen. No sólo los abrumamos con cosas materiales, también tendemos a estimularlos y orientarlos demasiado. Les negamos el tiempo, el espacio y la flexibilidad necesarios para desarrollarse a su manera individual.

El antiguo filósofo chino Lao-Tse nos recuerda: “La utilidad del recipiente no radica en la arcilla que modela el alfarero, sino en el espacio que queda adentro”. Los niños necesitan estímulo y orientación, pero a cada uno también le hace falta tiempo para sí solo. Las horas pasadas a solas en su juego de

fantasía u otra actividad tranquila, no estructurada, dan al niño la sensación de seguridad e independencia, y la pausa necesaria en medio de las actividades del día. El silencio también contribuye a su desarrollo. Cuando no hay distracción externa, a menudo se sume en lo que hace hasta olvidarse de cuanto lo rodea. El silencio ha llegado a ser un lujo tan grande que son raras las oportunidades de gozar de esa concentración ininterrumpida. En cualquier medio ambiente—en las tiendas, el ascensor, el restaurante o el auto—hay un incesante murmullo (o estruendo) de música y de ruido ambiente.

Johann Christoph Blumhardt² nos previene contra la tentación de importunar constantemente a los niños, y recalca el valor de la actividad espontánea: “Ésa es su primera escuela; es como si se enseñaran a sí mismos. A menudo pienso que los niños están rodeados de ángeles... y quien es tan torpe como para molestar a un niño, molesta a su ángel”. No hay nada malo en asignarle tareas domésticas a un niño y exigirle que las cumpla a diario. Pero muchos padres sobrecargan a sus hijos; llenan su tiempo con actividades y los someten a continua tensión, privándolos del espacio necesario para su libre desarrollo.

Es hermoso contemplar a un niño profundamente absorto en sus juegos; resulta difícil imaginar una actividad más pura, más espiritual. El juego produce alegría, contento y distancia de los problemas cotidianos. Y en nuestros días, en nuestra cultura agitada y espoleada por el tiempo y el dinero, no se puede exagerar la importancia de esos elementos. El educador Friedrich Froebel³ incluso afirma que “el niño que juega con intensidad hasta caerse de cansancio, cuando adulto será un hombre de decisión, capaz de sacrificarse por su propio bien y el de otros”. Ojalá que la sabiduría de estas palabras no se pierda por completo, pues en un 40% de los distritos escolares del país han eliminado la hora del recreo por temor a los accidentes que podrían ocurrir y la errónea idea de que el juego es un estorbo para la “verdadera” enseñanza.

Conceder a cada niño el espacio que necesita para crecer a su propio ritmo,

² Pastor alemán, escritor y mentor, 1805-1880.

³ Pedagogo alemán, 1782-1852, padre del jardín de infantes.

no significa desatenderse de él. Sin duda alguna, su seguridad cotidiana consiste en saber que siempre estamos a mano quienes lo tenemos a nuestro cargo —dispuestos a ayudarlo, a hablar con él, a proporcionarle lo que necesita o simplemente “estar ahí”, a su alcance. Pero, ¡cuántas veces nos dejamos llevar por nuestras propias ideas acerca de lo que requiere un niño!

Después de la matanza ocurrida en abril de 1999 en el colegio Columbine (en Littleton, Colorado), los directores de la escuela se apresuraron a facilitar psicólogos y consejeros a los alumnos traumatizados para ayudarles a resolver su dolor. Pero a los adolescentes no les interesaba encontrarse con expertos. Aunque más adelante muchos de ellos y sus familias solicitaron por su propia cuenta la ayuda de profesionales, lo primero que hicieron fue acudir en masa a las iglesias y los centros juveniles, donde compartieron su pena con sus compañeros.

Es natural querer intervenir cuando un niño está en un aprieto, aunque precisamente entonces es de primordial importancia ser sensible a lo que ese niño necesita. Es algo que Nicole, madre de cuatro hijos, aprendió cuando su tranquilo pueblito inglés se vio sacudido por un salvaje asesinato.

En junio de 1996, camino de la escuela a su casa, una vecina y su hija fueron asesinadas a golpes cerca de los lindes de nuestra propiedad. La hermanita también fue atacada a golpes, pero no murió.

Mis dos hijas, de seis y ocho años, habían jugado a menudo con las niñas que eran de su misma edad. A seguida del asesinato, lloraban día y noche, y a ratos sollozaban aún meses después del incidente.

Naturalmente, como madre me inquietaba por los efectos traumáticos del crimen, y el hecho de que el asesino seguía prófugo. Quise preguntar a mis hijas cómo les iba y qué pensaban del asunto, pero traté de contenerme. Para ayudarles debía escuchar lo que ellas me dijeran—sus reacciones espontáneas—y no proyectar en ellas mis ideas y preocupaciones maternas...

Fue notable que ni una sola vez hablaron con miedo del asesino, como todos los adultos de la zona. Preguntaron, en cambio: “¿Por qué las odiaba

tanto ese hombre? No le habían hecho nada...”

En las semanas que siguieron al asesinato, amigos bien intencionados me instaban a “dejar atrás” ese horrible acontecimiento: “Ayuda a tus hijas a olvidarlo, a pensar en otras cosas y sobreponerse lo más rápido posible a esa experiencia espeluznante”. Pero no pude. En aquel momento, mis hijas necesitaban expresar su dolor, y yo fui incapaz de dictarles cómo aliviar su pena.

Un reciente libro de Jonathan Kozol—*Ordinary Resurrections* (Resurrección común y corriente), que trata de los niños del South Bronx en la ciudad de Nueva York—contiene reflexiones sobre otro aspecto del mismo problema, o sea que los adultos tendemos a guiar a los niños hasta en situaciones o conversaciones muy informales. Es otro resultado, dice Kozol, de estar siempre apresurados; somos incapaces de dejar a los niños espabilarse a su manera y ritmo.

Los niños se interrumpen muchas veces cuando tratan de expresar un pensamiento. Se distraen. Vagan—dichosos, al parecer—por vastas extensiones de magnífica irrelevancia. Creemos saber hacia dónde apuntan en su conversación, y nos ponemos impacientes, como el viajero que quiere “abreviar el tiempo que lleva el viaje”. Queremos llegar cuanto antes. Y es cierto que ganamos tiempo, pero también puede ser que les hagamos cambiar de rumbo.

Hay muchas maneras de forzar al niño a satisfacer las expectativas de los adultos; la más generalizada, y la peor, ha de ser la tendencia de poner un exagerado énfasis en los estudios académicos. Digo “la peor”, porque con ella se presiona a los niños desde temprana edad. La escuela se convierte en un lugar que muchos temen, en fuente de terror, de la cual no pueden escapar por la mayor parte del año.

Conozco bien la sensación de miedo al presentar en casa el boletín de calificaciones, ya que era un estudiante mediocre. Por suerte, a mis padres les importaba más que me llevara bien con mis compañeros que sacar un “sobresaliente”. Incluso cuando fallaba en una materia, en lugar de regañarme, me

calmaban, asegurándome que mi cabeza albergaba más conocimientos de lo que nos percatábamos tanto yo como mis maestros; sencillamente no habían asomado a la superficie. Para muchos niños, palabras alentadoras como éstas no son más que un sueño—según nos dice Melinda, maestra veterana de enseñanza preescolar en California—sobre todo en hogares donde no se admite que un estudiante reciba malas calificaciones.

Hay padres que nos preguntan si sus pequeños de dos años y medio ya están aprendiendo a leer, y que protestan si les digo que no. Es increíble la presión que algunos padres ejercen sobre sus hijos. He visto a niños que literalmente tiemblan y lloran porque no quieren presentarse a las pruebas. He visto a padres que arrastran a sus hijos al aula...

Los padres de Miles, un niño que estaba en mi clase, le obligaron a prepararse para ingresar en una escuela privada muy cara. Al inicio del año siguiente me tropecé con el padre de Miles; me dijo que el chico “ha estado tan tenso que vamos a buscarle ayuda psicológica profesional”. No cabía duda que Miles estaba tenso, pero yo estaba convencida de que eso se debía a los rigurosos exámenes a que lo habían sometido durante el verano... Empezó a llorar el día de las pruebas, y desde entonces lloraba todos los días.

En algunos casos, la locura competitiva comienza ya antes de que el niño esté listo para entrar en la escuela. El siguiente artículo describe las dificultades de un matrimonio que vive en la ciudad de Nueva York.

Hace un par de semanas, ella y su esposo recibieron el aviso de que su hijo de cinco años de edad fue rechazado por cada una de las seis escuelas privadas donde trataron de matricularlo en el jardín de infantes. “No tienen por qué preocuparse”, les había asegurado la directora del centro preescolar. “Con toda seguridad será aceptado en una de las escuelas de su preferencia”.

Craso error. Sean cuales fueren los motivos, seis escuelas rechazaron a su brillante hijo, el de la sonrisa cautivadora y de las excelentes notas que obtuvo en las pruebas. Duele la insistencia del rechazo, admite ella, y tampoco ayuda saber que hay otras familias en la misma situación.

Ahora viene la parte dura, las decisiones difíciles de tomar... ¿Mudarse a otra ciudad? ¿Dejar a su hijo en el centro preescolar, por ahora, y el año que

viene repetir la locura de luchar por que lo admitan a una escuela privada? ¿Abandonar la lucha, respirar hondo y enviarlo a la escuela pública?

El dilema que enfrenta esta pareja indica cuán convulsa se ha vuelto la vida... en este mundo de competidores. “La gente se enloquece”, dijo la mujer. “Uno trata de recuperar la cordura y piensa, al fin y al cabo es el kindergarten—el jardín de infantes no más—no es como si fuera cáncer. Pero te cambia la vida... Además”, añadió, “la sociedad es brutal... La evaluación de tu hijo, su admisión o rechazo, se convierte en la medida de tu propio prestigio. Esa es la parte más repulsiva. ¿Pensar que estamos hablando de chiquitines!”

Es cierto que los ejemplos citados representan casos extremos. Pero no pueden descartarse, ya que ponen de relieve una tendencia inquietante que afecta la educación en todos sus niveles. Cada vez más, parecería que hemos perdido de vista al niño y convertido la niñez en una triste etapa de entrenamiento para el mundo de los adultos. Dice Jonathan Kozol:

A partir de los seis o siete años de edad y hasta los once o doce, es patente en los niños su bondad y honradez—en una palabra, su dulzura. Pero nuestra sociedad deja pasar el momento para valerse de ello. Es como si esas cualidades nos parecieran inútiles, como si no apreciáramos a los niños por su bondad, sino únicamente como futuras unidades económicas, futuros trabajadores, ganancias o pérdidas.

En los debates políticos acerca de las sumas de dinero a invertir en los niños, es obvio que, por lo general, los argumentos no toman en cuenta que el niño merece una infancia feliz. Más bien, tratan de determinar los beneficios económicos que, de aquí a veinte años, redundarán de los fondos invertidos en su educación. Muchas veces me pregunto: ¿Por qué no invertir en ellos simplemente porque son niños y merecen divertirse un poco antes de morir? ¿Por qué no invertir en sus tiernos corazones a la vez que en sus aptitudes competitivas?

La respuesta, por cierto, es que hemos abandonado la pedagogía como medio de desarrollar el carácter; en su lugar, la educación se ha convertido en un boleto de entrada al mercado laboral. Guiados por esquemas y expertos, damos la

espalda a la singularidad y creatividad del individuo, y nos tragamos la mentira de que la evaluación estandarizada es el único instrumento válido para determinar el progreso de un niño. Pues, no sólo dejamos de plantar árboles por su belleza y la sombra que dan —los plantamos con el fin de conseguir un solo tipo de fruta. Malvina Reynolds, en su canción *Little Boxes* (Cajitas), lo expresa así:

Juegan todos en los campos de golf
y toman martinis secos
y todos tienen niños hermosos
que van a la escuela
y los niños van al campamento
y más tarde a la universidad
donde los meten en cajitas
y salen todos igualitos.

Debemos exigir de cada niño conforme a su capacidad. Cada niño necesita estímulo intelectual. Debemos enseñarle a expresar sus pensamientos, a leer y escribir, a elaborar y defender una idea, a formar sus propias opiniones. Pero, ¿de qué sirve la mejor formación académica si no prepara al niño para el mundo “real”, el mundo que lo espera a la salida del aula? ¿Acaso despacharlo cada día en autobús a la escuela lo capacitará para la vida?

Para colmo, en muchas escuelas ni siquiera se imparten aquellos conocimientos que deberían enseñar. En los Estados Unidos, según observa el escritor John Taylor Gatto, los niños asisten a un promedio de 12.000 horas de clase obligatorias, y a los 17 ó 18 años, muchos salen del colegio incapaces de leer un libro o calcular un promedio de bateo, ni que hablar de reparar un grifo o cambiar una llanta.

El apuro por incorporar a los niños en el mundo adulto no es culpa exclusiva del sistema educativo. Es algo tan profundamente arraigado y generalmente aceptado, que muchas personas se quedan atónitas si les decimos que ese estado de cosas nos alarma. Obsérvese, por ejemplo, cuántos padres llenan

las horas libres de sus hijos con actividades extracurriculares. A primera vista, las oportunidades para el desarrollo individual del niño que hoy abundan—la música, el baile, los deportes, etc. etc.—parecen ofrecer la perfecta solución para el aburrimiento de millones de niños cuyos padres trabajan el día entero. Pero a veces la realidad no es tan bonita. Tom, un conocido mío con amigos en Baltimore, me cuenta lo siguiente:

Es bueno si el niño se dedica a un “hobby”, un deporte o un instrumento musical por iniciativa propia; es muy distinto si se siente empujado por la ambición de padres con una fuerte propensión competitiva. Sarita, hija de mis amigos, estaba en el segundo grado cuando demostraba un verdadero talento para el piano. Cuando llegó al sexto, por más que trataran de convencerla, se negaba a tocar las teclas. Estaba cansada de la constante atención, harta de las clases (y de la insistencia de su padre en el gran privilegio que constituían), además de ser casi traumatizada por los inacabables concursos en los cuales la obligaban a participar. Sí, era hermoso oír cómo Sara interpretaba la música de Bach cuando tenía siete años; pero a los diez, su interés estaba en otras cosas.

Es un fenómeno muy común: a las expectativas ambiciosas sigue la presión para realizarlas; y lo que en un tiempo formaba parte de la vida feliz de un niño, se convierte en una carga insoportable.

Dijo Einstein: “Si quieres tener hijos brillantes, hay que leerles cuentos de hadas. Y si quieres que sean más brillantes aún, hay que leerles más cuentos de hadas”. Es obvio que no es la solución que un experto ofrecería para las alarmantes tendencias que he descrito. Pero es una idea que merece reflexión. Es esa sabiduría intuitiva que nos hace falta para salir de las rutinas que nos paralizan.

En cuanto a los padres que desean tener hijos brillantes —he aquí otro síntoma de nuestra visión torcida: tendemos a mirar a los niños como adultos en miniatura, por más que denunciemos esa idea como “victoriana”. El mejor antídoto para esas ambiciones es despojarnos de nuestras expectativas adultas, ponernos al nivel de nuestros hijos y mirarlos a los ojos. Entonces comenzaremos

En Peligro

a oír lo que dicen, a enterarnos de lo que piensan, y veremos desde su punto de vista las metas que les hemos trazado. Nos olvidaremos de nuestras ambiciones y reconoceremos, como dice la poeta y maestra Jane Tyson Clement:

Chiquillo, aunque me piden que
te enseñe muchas cosas,
¿de qué se trata, al final,
si no es que, juntos,
debemos ser hijos de un mismo Padre?
Y yo debo desaprender
toda mi estructura de adulta
y los años que entorpecen,
y tú debes enseñarme
a mirar la tierra y el cielo
con tu puro asombro.

No resulta fácil “desaprender” las estructuras mentales adultas, especialmente cuando, al fin de un largo día de trabajo, los niños nos parecen una molestia más bien que un don de Dios. Donde hay niños, tenemos que estar preparados para lo imprevisto. Los muebles quedan rayados y las plantas pisadas, la ropa nueva se estropea o ensucia, los juguetes se pierden o se rompen. Un niño quiere tocar y agarrar las cosas y jugar con ellas. Quiere divertirse, correr por los pasillos, hacer tonterías y mucho ruido. No son adultos en miniatura ni muñecas de porcelana. Son pillos insufribles, tienen los dedos pegajosos y las narices mucosas, y a veces lloran de noche. Pero los amamos igual.

4. El poder de un abrazo

Antes de tener hijos, tenía seis teorías sobre su crianza; ahora tengo seis hijos y ninguna teoría.

L O R D R O C H E S T E R

Basta mencionar la educación de los niños para que Eric empiece a hablar de su infancia. Se crió, el tercero de ocho hermanos, en un barrio suburbano de gente acomodada en lo que parecía ser un hogar modelo. Su padre era médico y devoto hombre de familia. Todas las tardes a la misma hora dejaba su consultorio para volver a casa, y raras veces salía los fines de semana. La mamá, tan dedicada a la familia como el padre, estaba en casa todo el día. Pero Eric y sus hermanos y hermanas siempre se sentían incómodos, sobre todo en presencia del padre.

Nuestro hogar funcionaba a las mil maravillas, pero sólo en apariencia. En realidad lo gobernaba el miedo. No es que mi padre nos golpeará, aunque de vez en cuando nos daba una paliza o una bofetada. Pero, ¡ay de ti si lo provocabas! Nunca se sabía qué castigo impondría...

Papá era experto en disciplina, y nos mantenía a raya, aplastándonos con una continua sensación de terror. Una noche de verano, sorprendió a mi hermano mayor Jack en el momento en que se escapaba por la ventana para

salir con sus amigos. Papá salió de la casa corriendo y esperó hasta que Jack hubiese bajado a salvo al suelo. Entonces lo enfrentó: “Muy bien, hijo, es obvio que prefieres andar por ahí, fuera de casa. Quizás es mejor que te quedes afuera”.

El resto del verano Jack tuvo que comer afuera, junto a los perros. “Tal vez así aprende a portarse como un ser humano civilizado”, nos explicó papá a los hermanos menores. A los dieciséis años, Jack se fue de casa para no volver.

En otra ocasión, papá le prohibió salir durante todo un verano a mi hermana Mary. Era la santita de la familia, una chica superresponsable. Pero cuando estaba por terminar el segundo año de secundaria, faltó a una clase y papá estalló. Todavía me parece verla como hablaba con sus amigas a través de la cerca del patio, día tras día, semana tras semana. Debe haber sido el más humillante de los castigos.

En cuanto a mí, tenía razones de sobra para estar aterrorizado de contrariar a papá. Basta un ejemplo. Debo haber tenido once o doce años (estaba en el sexto grado) cuando por primera vez traté de fumar un cigarrillo, y me sorprendieron. Primero me mandaron a mi cuarto, donde esperé durante horas, por lo menos así me pareció. Luego vino papá. Me dijo que tenía dos opciones: o me fumo toda la cajetilla ahora mismo, o la exhibo por un mes en la ventana de mi cuarto y le explico a quien venga—incluso a mis hermanos y amigos—por qué está allí, y cuán asqueroso le parece a mi padre el hábito de fumar. Sabía que la primera alternativa me daría náuseas, de modo que opté por la segunda.

Por todo un mes no pensaba en otra cosa: cómo hacer para que nadie entrara a mi cuarto. Durante años le tuve terror a los cigarrillos. Tanto, que al caminar por la calle esquivaba las colillas en el suelo por miedo de que papá pudiera pasar en auto y pensar que yo había fumado.

En cierta ocasión, para la clase de inglés, se nos dio como ejercicio el redactar una composición en la cual sabía de antemano que tendría que escribir la palabra “cigarrillo”. Me asustó tanto pensar en la reacción de papá, que destrocé mi trabajo y tuve que mentir para explicar por qué no lo había entregado.

El asunto de los cigarrillos nos puede parecer insignificante, pero a papá,

no... Cuando entré en la secundaria, me endiablé e hice todo lo posible por contrariarlo. Papá podría tener la última palabra en casa, pensaba yo, pero en ningún otro lugar. Va sin decir que hasta el día de hoy la relación entre nosotros no es nada del otro mundo.

La historia de Eric es deplorable, pero sin duda a un sinnúmero de adultos les suena familiar; les hará recordar algún incidente similar que empañó lo que podría haber sido una niñez de pura felicidad. Desgraciadamente, hay padres tan cegados por sus principios que son incapaces de dejarse llevar por el corazón. Son los amos de sus dominios, siempre preocupados por “hacer lo correcto”, y entre tanto, ¡cuántos padres pierden a sus hijos!

Cuando se habla de la crianza de los hijos, la palabra “disciplina” ha de ser una de las más trilladas, y una de las menos entendidas. La disciplina no se limita al castigo. ¿En qué consiste, entonces? Es guía, pero no es control; es persuasión, pero no es imposición ni coerción. Puede incluir el castigo o la amenaza del castigo, pero jamás crueldad ni fuerza. Nunca debe implicar el empleo de castigos corporales, que a mí parecer es signo de bancarrota moral. Lo que sí, siempre debe tenerse en cuenta el temperamento del niño. Como dijo mi abuelo, el escritor Eberhard Arnold: “He aquí lo esencial. Criar a los hijos significa guiarlos para que lleguen a ser hombres y mujeres según el plan de Dios”.

Por suerte, durante nuestros años formativos, mis padres nos trataron con esa consideración a mis hermanos y a mí; en consecuencia, hubo una relación de confianza y cariño mutuos, hasta el fin de sus vidas. Por supuesto, la base era mucha disciplina a la antigua. Nos reprendieron y regañaron, y a veces nos chillaron (sobre todo si le replicábamos a mamá). Después nos pasábamos varias horas avergonzados, seguros de que los vecinos lo habían oído todo.

En nuestro hogar, era pecado insultar o ridiculizar a una persona. Como hacen los niños en cualquier parte del mundo, a veces nos burlábamos de adultos que eran “diferentes”, como Gunther, el bibliotecario de la escuela, hombre de alta estatura y algo perfeccionista, o nuestro tartamudo vecino Nicolás. Pero

aun si las víctimas de nuestra burla nunca se enteraron, mis padres no le dieron ninguna gracia; no toleraban ninguna forma de crueldad.

Con todo, nunca se quedaron enojados por mucho tiempo. Incluso a veces, en lugar del castigo—por más justificado que nos parecía—nos dieron un abrazo. Una vez (debo haber tenido ocho o nueve años) papá se enojó tanto que me amenazó con una paliza. Yo estaba preparado para recibir lo merecido, miré a papá y sin pensar dije de un tirón: “Papá, lo siento mucho. Haz lo que tengas que hacer, pero sé que igual me quieres”. Papá me sorprendió. Me dio un abrazo y con gran ternura dijo: “Christoph, te perdono”.

Este incidente ha permanecido vivo en mi memoria, porque me mostró cuánto me quería mi padre. Además me enseñó una lección que nunca he olvidado y que me sirvió bien más adelante, cuando tuve que educar a mis propios hijos: No temas nunca disciplinar a un niño, pero en cuanto percibas que lamenta lo que hizo, no vaciles en perdonarlo de inmediato y por completo. Si nos resolviéramos—cada uno—a ser tan compasivos como lo era mi padre, veríamos un panorama muy diferente.

Pero no es cosa de dar abrazos sólo a los propios hijos e hijas, sino de defender a todo niño. Estamos criando una generación de niños a quienes no sólo no amamos sino que les tenemos miedo. Lo vemos por todas partes —desde los toques de queda para los adolescentes en muchos centros urbanos, y el despliegue de guardias armados y agentes de la policía en las escuelas, hasta la penalización de infracciones menores como el pintar graffiti. Y lo que más nos debe alarmar es el creciente número de adolescentes encarcelados.

Con cada año que pasa, y a pesar del obvio fracaso de “soluciones” brutales como éstas, la manera de tratar a jóvenes y niños se torna aún más represiva. A los fiscales de California, por ejemplo, se les ha otorgado (mediante la Proposición 21) un poder inédito en los tribunales de menores. Por lo tanto, ha aumentado desproporcionadamente la probabilidad de que se juzgue y sentencie, como si fueran adultos, a jóvenes acusados que sólo tienen catorce años de edad. En otras partes se analizan las pruebas de lectura estandarizadas a que

someten a los niños de primaria, con el fin de proyectar el número de nuevas celdas que se necesitarán cuando esos niños sean adultos. ¿Se supone que una calificación baja indica una mayor propensión al delito!

No hay nada novedoso en utilizar los indicios del carácter infantil para prever el comportamiento del adulto; durante décadas, psicólogos y psiquiatras se han valido de tal método. Pero hoy vivimos en una sociedad cuyos dirigentes se aprestan de antemano para el fracaso de la próxima generación, una sociedad cuyos niños son el objeto de pronósticos infaustos por parte de los guardianes de su futuro. Y, sin embargo, ¡nadie protesta!

Trasciende el propósito de este libro examinar más a fondo cuestiones de esta magnitud. Primero habría que contestar un sinnúmero de otras preguntas, por ejemplo, por qué tantos jóvenes que hoy cumplen penas de prisión ya tenían dificultades en la escuela, y cuáles fueron los obstáculos que en aquel entonces impidieron su progreso normal.

También me abstengo de recomendar a mis lectores cómo deben guiar y disciplinar a sus hijos en su propio hogar. Al igual que sus padres, cada niño nace con características propias, positivas y negativas, llenas de promesas y retos para el futuro. Quizás sería mejor seguir las sabias palabras de Janusz Korczak (1878–1942), un notable pediatra judío cuya historia relataré más adelante. Korczak escribió:

Tú misma eres ese niño. Tú misma debes llegar a conocerlo, criarlo y, sobre todo, educarlo. Esperar que otros te den las respuestas es como pedirle a una mujer extraña que dé a luz a tu hijo. Hay intuiciones que sólo nacen del dolor sufrido, y éstas son las más valiosas. ¡Busca en tu hijo aquella parte de ti misma que aún no has descubierto!

Si hablamos de “intuiciones que nacen del dolor”, mi esposa Verena y yo recogimos unas cuantas en el curso de criar a nuestros ocho hijos. Muchos padres de familia sin duda saben, como sabemos nosotros, cuántas cosas hay que haríamos de modo diferente, si tuviéramos la oportunidad. A veces fuimos injustos en suponer que los motivos de una acción eran malos, en otras oca-

siones nos dejamos engañar; un día éramos demasiado transigentes, el próximo, demasiado severos. Por supuesto, aprendimos una serie de lecciones muy importantes.

Cuando un niño sabe que se ha portado mal, y que eso no le acarrea ninguna consecuencia, aprende que puede salirse con la suya. Dar tal mensaje a un niño es terrible. Cuando se trata de niños pequeños, parece no tener gran importancia; en general, sus faltas son de poca monta. Pero puede tener serias repercusiones para su futura vida. Resulta fácil echar a un lado el viejo refrán: “Niños pequeños, problemas pequeños; niños grandes, problemas grandes”, pero contiene mucho de verdad. Al chico de seis años que toma bizcochos a escondidas, diez años más tarde lo encontraremos hurtando en las tiendas. Y si bien es relativamente fácil moldear la voluntad de un niño pequeño, la rebeldía de un adolescente sólo puede sofrenarse con el mayor de los esfuerzos.

Por necesarias que sean las consecuencias de una acción, no bastan en sí mismas. La disciplina va más allá de sorprender al niño “in fraganti” y castigarlo. Mucho más importante es fortalecer su voluntad de optar por el bien en vez del mal —como decía mi madre: “conquistarlo para el bien”. Por supuesto, esto no significa manipularlo; el propósito de la educación no debe limitarse a que los niños obedezcan. Más bien, hay que ayudarles a ganar confianza para explorar la vida y, al mismo tiempo, descubrir sus propios límites. Ésta es la mejor preparación para la adultez.

Al escritor Anthony Bloom le preguntaron en una entrevista qué parte de su formación le resultaba más relevante cuando adulto. Bloom es hijo de un diplomático cuyos viajes proporcionaban a la familia entera fascinantes aventuras en todas partes del mundo. Dio una respuesta muy sencilla:

Dos cosas que dijo mi padre me han acompañado toda la vida. Una vez, al volver yo de mis vacaciones, me dijo: “Estaba preocupado por ti”. Le pregunté: “¿Pensabas que tuve un accidente?” Me contestó: “Eso no habría sido tan grave. Temía que habías perdido tu integridad”. En otra ocasión me dijo: “Recuerda siempre que no importa si estás vivo o muerto. Lo que importa es

para qué vives, y para qué estás dispuesto a morir”. Estas dos cosas han sido el trasfondo de mi educación...

Los padres de Anthony Bloom, en vez de enseñar entereza a su hijo, trataron de inspirarla. Pero hay padres que caen en el mezquino hábito de querer sorprender a sus hijos con las manos en la masa y de utilizar la prueba obtenida para demostrarles que son culpables. Cometen un acto de violencia moral, así como lo es desconfiar del niño, espiarlo o suponer que su conducta tiene malos motivos. Todo ello lo debilita porque lo hace dudar de sí mismo. Criticar y corregir constantemente a un niño también lo desalienta. Peor aún, le quita la mejor razón que tiene para confiar en su padre o su madre —su convicción de que lo entienden. Froebel escribió:

Muchos adultos acusan a niños quienes, sin ser del todo inocentes, no son realmente culpables. En otras palabras, esos niños ni tienen conciencia de los motivos de los cuales los acusan los adultos, y que tiñen sus acciones de “malas”. A menudo se castiga al niño por cosas que ha aprendido de esos mismos adultos... Pero con eso no se logra más que enseñarle nuevas faltas, o por lo menos inculcarle ideas que nunca se le habrían ocurrido.

Todo niño necesita que se le corrija con frecuencia —la mayoría, varias veces al día. Pero cuando se castiga a un niño con exagerada severidad, el propósito ulterior del correctivo, o sea, ayudarlo a comenzar de nuevo, queda eclipsado por el castigo mismo. Mucho mejor es creer en el poder del bien y darle al niño el beneficio de la duda.

En el niño, una falta como el egoísmo rara vez iguala la del adulto. Incapaz de ver el mundo que lo rodea salvo desde de su propia y muy limitada perspectiva, el niño se siente en plena posesión del mismo, tanto más cuanto más tierna es su edad. Sobre todo cuando muy pequeño, se cree simplemente—¡de modo inocente y justificable!—el centro de su propio universo.

La mentira es un tema que los padres tienden a abordar sin debida atención al punto de vista del niño. Sin duda, cuando un niño miente, hay que tratar de descubrir lo que ha sucedido y alentarle a encarar los hechos. Pero rara vez resul-

ta bueno investigar sus motivos, y siempre es un error arrancarle una confesión. Confuso o avergonzado, el niño busca salir del aprieto con medias verdades; si se le presiona, es probable que invente otra mentira por miedo de las consecuencias. ¿Acaso no hacemos lo mismo los adultos, y por las mismas razones?

Mil veces al día hay que perdonar. Nunca debemos perder la fe en un niño, por mucho que se meta en embrollos. ¿Quién puede afirmar que los defectos o debilidades que el niño debe superar no son reflejo de las mismas faltas o tendencias en sus padres? Calificar al niño de incorregible significa desear de él; y demuestra no sólo falta de esperanza, sino también de amor. Si en verdad amamos a nuestros hijos, nunca nos daremos por vencidos, aunque perdamos la calma en los momentos difíciles. Dios no sólo entregó la ley de Moisés a los hebreos, sino también envió el maná, el pan de los cielos. Sin ese pan—o sea, sin ternura, humor, bondad y compasión—la disciplina más cuidadosamente calculada resultará contraproducente.

Ser amigo y compañero además de padre sin duda exige el doble de paciencia y energía. Pero, como dice David (el abogado que renunció a su vocación por el bien de sus hijos), pocas cosas resultan más satisfactorias.

Pensándolo bien, es mucho más fácil vivir con hijos que te temen que con hijos que te quieren. Si tus hijos te temen, cuando llegas a casa desaparecen. Se dispersan. Suben a su cuarto y cierran la puerta, y tú se lo facilitaste llenándoles la pieza de computadoras, televisores, estéreos y todo lo demás. En cambio, si tus hijos te quieren, ¡no hay manera de quitártelos de encima! En cuanto llegas a casa, reclaman tu atención, se te prenden a las piernas, te agarran de los pantalones. Apenas te has sentado, se te suben al regazo. Te sientes como un trapezio ambulante —pero también te sientes amado.

Ser padres exige, entre otras cosas, que nos hagamos vulnerables. Mi esposa y yo lo sabemos bien. En nuestra experiencia hay pocas cosas que estrecharon los lazos con nuestros hijos como las ocasiones en que hicimos una montaña de un grano de arena y les pedimos perdón tan pronto nos dimos cuenta de ello. Ocasiones como éstas sirven para recordarnos que tanto los niños como

los adultos dependemos de la promesa de que cada mañana empezamos de nuevo. Hay que darles la misma oportunidad hoy, por mal que se hayan portado ayer. Deben sentirse seguros de que los acompañamos en sus batallas, sean grandes o pequeñas, no en el sentido de protegerlos sino de apoyarlos.

Toda familia tendrá sus altibajos, sus momentos difíciles, sus dramas embarazosos. En cuanto a emociones, nada es tan complejo—aunque tampoco tan hermoso—como las relaciones emocionales entre padres e hijos. Y a eso tenemos que aferrarnos cuando creemos no poder aguantar más.

Ya he mencionado a Janusz Korczak, respetado en toda Europa por sus escritos sobre los niños. A Korczak, médico y educador, se le confirió el título de Rey de los Niños por la abnegación con la cual se dedicó a los huérfanos en el ghetto de Varsovia. Nunca se cansó de recordar a los demás cómo se siente un niño en el mundo de los adultos; siempre recalcó la importancia de educar “con el corazón” y no “con la cabeza”.

Su insistencia en lo que llamaba “acompañar al niño” no era teoría abstracta. El 6 de agosto de 1942, las autoridades nazis juntaron en el ghetto a los doscientos huérfanos en su cuidado, para cargarlos en trenes con destino a las cámaras de gas de Treblinka. Korczak rechazó la ayuda de amigos no judíos que le habían preparado la huida. En lugar de ello, decidió acompañar a los niños en aquel viaje de horror que los llevó a la muerte.

Pocas historias de abnegación son tan conmovedoras y fantásticas como la de Korczak. Quizás se debe al abismo que nos separa de aquella inenarrable situación que exigió su sacrificio. Aunque ha transcurrido tanto tiempo entre su época y la nuestra, innumerables niños todavía sufren hoy porque les falta un protector como Korczak, un adulto que los tome de la mano y se mantenga a su lado, pase lo que pase.

Por ello, las últimas palabras registradas de Korczak, además de que evocan su heroísmo para quienes vivimos en relativa paz y prosperidad, son un reto para quienes han criado o aspiran a criar hijos: “Al niño enfermo no lo dejamos solo en la noche”, dijo. “Y a estos niños no los podemos dejar solos en un momento como éste”.

En Peligro

5. Hechos sí, palabras no

No tengas cuidado si tus hijos nunca te prestan oído. Pero sí ten cuidado: siempre te están observando.

ROBERT FULGHUM

El autor de una reciente comunicación sobre los estudiantes secundarios de Tokio nota que suele presentarse al típico adolescente japonés como un obsesionado con el éxito académico. Empero, para muchos la realidad es otra: “En los últimos cinco años, entre los estudiantes de secundaria se ha visto un aumento vertiginoso de promiscuidad sexual, abuso de bebidas alcohólicas y delincuencia. En lugar de largas horas de estudio y concentración absoluta en los exámenes y en una carrera o profesión... hoy la divisa de chicas y muchachos entre 15 y 18 años parece ser que lo más importante es divertirse”.

El autor reconoce que algunas de las afirmaciones escandalosas que oyó bien pueden haber sido exageradas; por ejemplo, un grupo de muchachas le dijeron que no tienen novios, sólo “amigos de sexo”. Sin embargo, muchos estudiantes confirmaron que la vida cotidiana consiste en un ciclo incesante de compras, sexo, drogas y visitas a los salones dedicados al bronceo artificial de la piel. Es alarmante el número de adolescentes hartos de escuchar los eternos sermones sobre la virtud del trabajo; abandonan los estudios secundarios y

optan por las atracciones de la vida nocturna en las grandes ciudades.

“Una o dos generaciones atrás, esos jóvenes quizás se habrían escapado de casa”, le dijo al periodista un consejero de adolescentes. “Pero hoy en día muchos padres prefieren no meterse en los conflictos emocionales de sus hijos, y los que se escapan son pocos, dada la libertad que tienen en el hogar... Por lo general la gente prefiere disfrutar de la vida, y poco a poco se vuelven indiferentes hacia sus hijos”. (Es notable que el artículo no cita opiniones de padres o madres. Quizás no estaban disponibles para las entrevistas, o simplemente no querían hablar. Sea como fuere, los hijos dieron amplia prueba de que sus progenitores no representan un papel muy importante en sus vidas.)

A quienes no están en contacto con los adolescentes de hoy—no sólo los de Tokio sino de toda gran ciudad “occidentalizada”—esa indiferencia parecerá chocante. Pero no ha de sorprendernos. Es la consecuencia lógica de un ambiente cultural fundado en la ilusión de que lo único que importa es ganar mucho dinero y divertirse. ¿Para qué molestarnos y trabajar tanto, si podemos ir de juerga hoy mismo, a costa de nuestros padres?

Pregúntele a cualquier madre o padre lo que opina de la tendencia que acabo de describir, y le darán miradas perplejas o respuestas desafiantes. “¿Qué pienso yo? Es un escándalo. Yo nunca le permitiría a mi hija...” En su fuero interno, hasta el más disfuncional de los padres sabe lo que es bueno o malo para sus hijos. Desgraciadamente, hay un abismo entre saber cómo quiero que se comporte mi hija y conseguir que ella actúe de acuerdo, y en muchos hogares no se tienden puentes sobre ese abismo. Se habla mucho, pero el mensaje no llega.

Sin duda, los padres de aquellos adolescentes japoneses los han exhortado más de una vez que consideren su porvenir, su salud y su obligación de aportar algo a la sociedad. Pero los hijos no son tontos; saben muy bien que, en realidad, sus padres se preocupan más por que saquen buenas notas que por su bienestar. Por lo tanto, se rebelan.

Está muy generalizado el estereotipo de que la angustia adolescente no es

más que “una fase”. Al adolescente siempre le ha exacerbado la autoridad de sus padres; eso no cambiará. Sin embargo, cuando la rebeldía se convierte en un hábito, no podemos pasarlo por alto. Tenemos que buscar los motivos más allá de las apariencias. Los adolescentes de hoy, ¿contra qué se rebelan con tanta vehemencia?

Para mí la respuesta es simple: contra la hipocresía. Admito que es una palabra fuerte, y quizás sea injusta. Pero es la triste verdad que hay padres cuya conducta contradice las normas de comportamiento que exigen de sus hijos. Véase el angustiado desahogo de una estudiante universitaria en Texas, quien, después de la masacre de Columbine, se sintió obligada a explicar por qué, a su modo de ver, las cosas “se habían puesto tan malas”.

Entiendan, por favor, que las preguntas que siguen no son únicamente mías; son las preguntas de toda una generación que lucha por hacerse adultos y encontrar algún sentido en este mundo. Nos llaman la generación “posterior”; más a propósito sería llamarnos la generación “¿por qué?”

¿Por qué mintieron, la mayoría de ustedes, cuando profesaron votos de mantenerse unidos “hasta que la muerte nos separe”?

¿Por qué se engañan con la idea de que, a la larga, el divorcio es lo mejor para los hijos?

¿Por qué tantas madres y padres divorciados pasan más tiempo con sus nuevos amantes que con sus hijos?

¿Por qué sucumbieron a la idea de que personas extrañas en una guardería infantil brindan el mismo cuidado a sus hijos como mamá o papá?

¿Por qué desprecian a las madres (o los padres) que optan por dejar su empleo y quedarse en casa para criar a sus hijos?

¿Por qué desean que guardemos algo de nuestra inocencia infantil, y al mismo tiempo nos permiten ver películas de contenido violento?

¿Por qué nos permiten malgastar innumerables horas en el Internet, y se escandalizan porque aprendemos a fabricar bombas?

¿Por qué tienen tanto miedo de decirnos que no, de vez en cuando?

Llámennos lo que quieran, pero se sorprenderán al ver que no nos amoldamos a sus prolijas categorías... Ha llegado la hora de cosechar lo que

sembraron. Aunque no lo crean, les aseguro que [Columbine] parecerá insignificante al lado de lo que podría ocurrir cuando la desamparada generación “¿por qué?” llegue al poder.

Por más que estas preguntas puedan entenderse como otras tantas acusaciones, a mi parecer cada una de ellas es válida; padres y madres tienen la obligación de tomarlas en serio. Los problemas que plantean son complejos, y sería difícil analizarlos aquí. Pero tienen un tema central común a todas, y es la percepción que se ha difundido entre los jóvenes adultos de que sus progenitores son unos impostores.

Aunque de manera más bien sutil, la hipocresía se nota desde ya muy temprano en la educación. Son clásicos los ejemplos de confusión para el niño: oye una cosa en la escuela y otra en el hogar; el padre le dice una cosa y la madre otra; hoy una maestra introduce ciertas reglas en su clase, y mañana viene otra a imponer pautas diferentes. Lo mismo sucede si los padres son inconsecuentes, por ejemplo, cuando el niño que acaba de aprender una norma de conducta descubre que sus padres no la respetan por algún pretexto, y hacen excepciones. En general, todo eso es relativamente inofensivo. Es parte de la vida.

Ahora bien, el asunto se pone más serio si le enseñamos al niño, “haz lo que digo, pero no lo que hago”. Es más común de lo que se cree. En una situación tras otra, entre bromas y veras, el niño aprende que nada es tan blanquinegro como para que se pueda distinguir claramente lo malo de lo bueno —hasta que tiene la mala suerte de tomar una decisión equivocada. Entonces lo castigamos por su falta de juicio. Y siempre le parecerá que el castigo ha sido injusto.

Tengo hijos y nietos, y sé cuán difícil es ser consecuente y, por otro lado, cuán fácil es dar señales confusas sin percatarnos. En mis más de treinta años de aconsejar a cientos de adolescentes, sé cuán susceptibles son los jóvenes a mensajes encontrados y límites mal definidos, que ellos no demoran en resistir por ser claros indicios de la hipocresía de sus padres. Pero también he aprendido que el peor conflicto familiar se resuelve fácilmente, si los padres

tienen la humildad de admitir que sus expectativas eran imprecisas o injustas; la mayoría de los jóvenes no tardarán en responder y perdonar.

Bien sabido es que los hijos a menudo son reflejo de sus padres —en sus acciones y actitudes, su comportamiento y sus rasgos personales. Mi abuelo solía decir que un niño es como un barómetro: registra de modo visible las influencias y presiones tanto positivas como negativas que lo afectan. A menudo, la alegría y la seguridad, la generosidad y el optimismo se manifiestan en el niño en el mismo grado como en sus padres. Lo mismo ocurre con las emociones negativas. Cuando un niño detecta ira, cobardía, inseguridad o intolerancia en un adulto—más aún cuando él mismo es el objeto de esas emociones—al poco tiempo también las veremos en él.

En *Los hermanos Karamázov* de Dostoievski, el padre Zósima nos recuerda que esa sensibilidad infantil es tan aguda que, sin apercibirnos de ello, moldeamos el carácter de los niños; nos aconseja considerar el efecto de lo que decimos y hacemos en su presencia:

Cada día, cada hora, cada minuto, obsérvate y procura que tu imagen sea luminosa. Pasas cerca de un niño, pasas colérico, dejas escapar una mala palabra, llena de ira el alma; tú quizá ni te has dado cuenta de la presencia del niño, pero él te ha visto y es posible que tu imagen desagradable y ofensiva se quede grabada en su corazoncito indefenso. Tú no lo sabías, pero quizás has arrojado ya en él una semilla mala, que quizá germine, y todo ello... por no haber educado en ti el amor circunspecto y activo.⁴

A diferencia de los inocentes de la época de Dostoievski, los niños de hoy están expuestos a un continuo bombardeo de imágenes y expresiones cuyos efectos son capaces de desbaratar el cuidado que reciben de los adultos más cercanos a ellos —sus padres y maestros. Me refiero, por supuesto, a los medios de comunicación—los noticiosos, la industria del entretenimiento, el Internet—que, en millones de hogares de nuestro planeta, han suplantado a los padres como última autoridad.

⁴ Fiodor M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Ediciones Cátedra, S.A., Madrid, págs. 497-498.

Hay padres que se deshacen por infundir un sentido de responsabilidad y compasión en sus hijos. Pero con razón nos advierte Mary Pipher (especialista en cuestiones de familia) que la televisión, cada vez que se prende y mientras permanezca prendida, tiende a cautivar la exclusiva atención del niño. En otras palabras, la televisión tiene mayor influencia que los padres, y cuando hay discrepancia, ya sabemos quién vencerá: “Por primera vez en la historia de la humanidad, los niños ya no aprenden cómo comportarse por observar a las personas que los rodean, sino viendo la televisión”.

No cabe duda de que muchos padres hacen valientes esfuerzos por educar a sus hijos. Pero a cada vuelta del camino, nuestra cultura socava esos esfuerzos, por bien intencionados que sean. Formar una familia exige el máximo empeño, y a pesar de nuestra mejor buena voluntad, no somos los modelos que deberíamos ser para nuestros hijos. Y no es culpa de un poder vago y siniestro llamado “Hollywood”, sino de cada padre y cada madre.

Tómese por ejemplo la violencia, real o simulada. Es un tema que preocupa a todo el mundo, y nadie duda que es nociva para los niños. Pero, ¿qué hacemos para remediarlo? Muy poco —desde los sacrosantos recintos del Congreso en Washington hasta las más humildes viviendas. Al escribir sobre el horror de Columbine en el estado de Colorado, la novelista Barbara Kingsolver apunta que, en vez de hacer frente a las verdaderas fuerzas que amenazan a nuestros hijos, a menudo las trivializamos.

Tras el terror de los asesinatos en el colegio secundario Columbine de Littleton, Colorado, tenemos el espectáculo de toda una nación pasmada. Por frustrado y atormentado que se sienta un estudiante, ¿cómo es que piensa salir de sus apuros con bombas y armas de fuego?

Si realmente nos preocupa esta pregunta, deberíamos haber comenzado a plantearla hace tiempo. ¿Por qué persiste una nación entera en aceptar la violencia como manera honorable de expresar su desaprobación, como pasó en Yugoslavia, Irak, el Sudán y Waco⁵? Cuando estamos hartos de los

⁵ Localidad en el estado de Texas, donda, en abril de 1993, perecieron 76 personas en un ataque armado por agentes de la FBI contra la comuna *Branch Davidians*.

infames atormentadores, creemos poder encontrar soluciones con bombas y armas de fuego. ¿Por qué?

“No trivialicemos esta horrible tragedia, como si no la entendiéramos”, advierte Barbara Kingsolver. Nos apaciguamos con la idea de que “no tuvo ningún sentido”, y por lo tanto no exige ninguna reacción de parte de nosotros. Una vez cumplido el luto de rigor, seguimos viviendo como si no hubiera pasado nada. Hace falta la audacia de reconocer que sí, que era de esperar.

En la medida que ello esté a su alcance, todo niño imita el comportamiento de los adultos. Nuestros hijos se crían en un país donde los hombres más importantes e influyentes—de presidentes hasta héroes de la pantalla—resuelven los conflictos matando a otra gente. Es, pues, lógico que haya muchachos quienes, desesperados por granjearse admiración e influencia, recurren a las bombas y las armas de fuego. Y no es de sorprender que lo de Littleton haya ocurrido en un barrio de clase media —muy asentada está la violencia institucional en los suburbios. No condenes al “gangsta rap” en casa de tu hermano antes de haber inspeccionado el Pentágono en la tuya. La tragedia de Littleton es producto innegable de una cultura que, con orgullo, clama a voz en cuello por un tiroteo de proporción mundial. Esa cultura somos nosotros.

A los adultos nos parece obvio que todos matan—los nazis, los marines, “el Exterminador” y la policía de Nueva York—aunque maten por motivos muy diferentes. Pero, como sabe todo padre, los niños son capaces de ver la realidad detrás de las artimañas que inventamos para disimularla.

He aquí lo que ven: El asesinato es un exaltado instrumento de dominio y castigo y, en los Estados Unidos, quien no lo apoya es objeto de burla. Seamos realistas. La mayoría de los estadounidenses creemos que es necesario matar para preservar nuestro estilo de vida, aunque corramos el riesgo de disparar en el blanco equivocado, bombardeando a poblaciones civiles o condenando a personas inocentes a la pena de muerte.

Si es ésta tu posición, me pregunto si estarías dispuesto a ir a Littleton y explicarles a algunas de las madres el concepto del “riesgo aceptable”. He aquí el sentido de “nuestro estilo de vida” en una sociedad que ha abrazado

la violencia. De mil maneras hemos enseñado a nuestros hijos... que el tipo malo merece morir...

¿Te parece extremo? No nos engañemos. La muerte es una situación extrema, y los niños prestan atención.

La manera retorcida en que tratamos la violencia es más que un fenómeno meramente social o político; encontramos sus raíces en la sala de cada hogar. El problema va mucho más allá de la violencia. Es inútil querer educar a un niño con respecto a cualquier vicio o virtud mientras lo que hacemos contradiga lo que decimos.

El sexo es otro terreno en el cual incluso padres bien intencionados suelen desorientar a sus hijos. Cuando no es por hipocresía, es porque les dan señales contradictorios e ideas confusas. Al igual que la violencia, la educación sexual es objeto de gran preocupación por parte de muchos padres, y es un tema muy discutido. Pero somos indecisos en qué decir a nuestros hijos e hijas, cómo decirlo y cuándo, y mientras tanto olvidamos lo más importante: la influencia que tienen nuestras propias acciones. Mientras no comencemos a vivir de manera acorde con nuestras convicciones—mientras no exijamos de nosotros lo que exigimos de nuestros hijos—fracasaremos en nuestros esfuerzos por demostrar la integridad de carácter.

Sobre la dificultad que tenemos los padres creyentes de transmitir nuestros valores a la próxima generación, el pastor Blumhardt nos previene contra nuestra propensión a moralizar y sermonear, y contra la ilusión de que llevar a los pequeños a la iglesia sea de provecho para ellos. “Mientras Cristo viva sólo en tu Biblia... y no en tu corazón”, dice Blumhardt, “tus esfuerzos por que tus hijos se acerquen al Señor tienen que fallar”. El mensaje es evidente, cualquiera sea nuestra fe o ausencia de fe.

Ryan, un joven preso cuya educación ejemplar en el seno de una familia “religiosa” no era más que fachada, entiende eso bien. Asistió desde el primer grado a una escuela católica privada, donde era un estudiante muy popular—tenía muchos amigos y era el payaso de su clase. Atleta prometedor, Ryan

jugaba al béisbol, baloncesto, fútbol y hockey; también era cristiano modelo, asistía regularmente a la iglesia y llegó incluso a ser monaguillo. Sin embargo, no era feliz.

En mi casa todo giraba en torno al dinero y al “qué dirán los vecinos”. De afuera todo pintaba bien. Mi familia había logrado lo que en general se llama “éxito”. Pero detrás de la puerta había escenas de violencia mental y emocional.

Mi padre trabajaba duro, dieciséis horas al día, para asegurar el éxito de su empresa, y yo lo veía muy poco. Por otro lado, mi madre estaba fuera de todo control: era violenta como un gato montés y extremadamente egoísta. Tenía una lengua afilada como un cuchillo; no la usaba para hablar —siempre gritaba. Nunca se mostraba cariñosa, nunca decía “te quiero” o “lo lamento”, aun cuando no estaba con una de sus rabietas. ¡Le fastidiaba ser madre! Y las palabras que empleaba herían, herían de verdad: “No eres más que una visita en mi casa”, me increpaba. “¿Por qué no te me quitas de encima? Vete y haz algo de provecho”. Cuando llegué a la adolescencia me sentía torpe y aplastado. Carecía de autoestima.

En cuanto a religión, toda la familia iba a la iglesia en Navidad y Pascua Florida (el resto del año yo iba solo), pero las únicas veces en que oí a mi madre referirse a Dios en casa era para justificar alguna regla o castigo. En casa no había Biblia. Imagínese la situación: usted, que ni siquiera cree en Dios, manda a sus hijos a una escuela católica...

En la secundaria me rodeé de malas compañías y comencé a experimentar con drogas y alcohol. Supongo que lo hice para “ponerme a tono”. Después empecé a robar para costear mi adicción. A los dieciocho años ya había intentado suicidarme y me habían detenido por asalto a mano armada. Terminé en un centro de rehabilitación para drogadictos. Más tarde ingresé en la marina, de la cual me expulsaron porque una prueba de cocaína dio positiva...

¿Mis relaciones con otra gente? Lo único positivo que puedo alegar es que nunca embaracé a una mujer. Pero durante toda mi vida de adulto he mentado, engañado y robado. Nunca devolví un préstamo, nunca pagué impuestos, nunca tuve una cuenta bancaria por más de seis meses. He vivido

en autos, en bancos del parque, en sofás de personas desconocidas y en hospitales.

Decir todo esto me pone muy incómodo porque estoy acostumbrado a ocultarme tras la máscara muy favorable de mi intelecto, mi encanto, mi atractivo. Quizás Dios todavía me ama, pero siempre temo que la gente saldría corriendo si conociera mi pasado. Y lo peor que me podría pasar ahora es sufrir el dolor de sentirme rechazado...

A nadie le cuesta admitir que existe el mal y que es una plaga. Pero todo el mundo finge poder vencerlo mediante la consabida trampa religiosa: haz tus oraciones, presta atención en clase y toma tus vitaminas. ¡Como si eso fuera todo lo que nos hace falta!

En el hogar de Cindi, que hoy trabaja en la asistencia social para jóvenes, no se practicaba ninguna religión. Ni el padre ni la madre la maltrataron. Pero el abismo entre las promesas que hizo su padre de amar a sus hijos, y el hecho de haber abandonado a su familia cuando Cindi tenía cinco años de edad, la dejó con cicatrices indelebles. Al igual que Ryan, Cindi sabe que, sea cual fuere la causa por la cual se deshilacha la familia, muchas veces hay un niño de por medio, a quien se le ha marginado en favor de prioridades que los adultos consideran más importantes. Y también sabe que a veces resulta imposible mentirle a un niño.

Nos sentaron a los cuatro en el sofá. Yo tenía cinco años. Usaron esa palabra, “divorcio”, y yo ni sabía lo que significaba, pero levanté la vista y vi que mi hermano mayor empezó a llorar. Entonces supe que algo andaba mal y comencé a llorar yo también. Luego, cuando estábamos en cama, mamá nos preguntó a cada una con quién queríamos ir a vivir. Por supuesto, no entendimos la pregunta, pero cuando se fue al cuarto de los varones, recuerdo tener gran miedo de que iban a separarnos de los muchachos; me sentí muy aliviada cuando no fue así.

Más tarde esa misma noche bajé a buscar un vaso de agua y vi a papá salir con una maleta en la mano y su reloj despertador con el cordón enrollado. Me miró y me dijo: “Mi amor, nunca olvides que tu papá te quiere”. Y se fue. Ese recuerdo me resulta tan vívido. Se fue, así no más...

Hoy, ya adulta, no se le nota a Cindi lo que sufrió de niña, ni durante una adolescencia en la que dio indicios de tendencias suicidas. Diariamente ayuda a decenas de mujeres jóvenes, poniendo su experiencia al servicio de algo positivo. El mismo dolor que amenazó con destruirla, hoy la capacita para ofrecer consejos que otras mujeres, cuya niñez ha sido feliz, son incapaces de brindar. Pero aún así hay momentos en que Cindi se pregunta cuál es el significado del amor.

Que un padre le diga a su hijita: “Te quiero, mi amor”, y acto seguido la abandona, ¿qué significa? Ahora me resulta difícil hasta confiar en el amor de mi esposo...

Lo que más recuerdo de mi niñez es ese terrible vacío. Hice todo lo que pude para llenarlo. Pero como no podía llenarlo con el amor de mi padre, lo busqué en otras partes.

A los catorce años perdí mi virginidad. Había empezado a salir con un hombre bastante mayor que yo, y era como si hubiera buscado a quien me guiara o dominara. Al rato empezó a maltratarme. Mi mamá se enteró, y en seguida puso fin al asunto. Por dos años todavía me persiguió el tipo, pero en cierto modo no me molestaba; a decir verdad, me halagaba su atención. Por lo menos alguien se interesaba por mí.

En la secundaria padecí de bulimia además de tener otros problemas. Detestaba quedarme sola. Cuando sola, bebía hasta perder la conciencia, y cuando borracha escribía en mi diario. Mis angustias y mi inseguridad tenían que ver con que había desaparecido mi padre. Lloraba sin cesar y preguntaba por qué no volvía a casa... Hoy todavía es como si estuviera esperando que vuelva.

Hace tiempo ya que, según las estadísticas, la mayoría de los matrimonios terminan en separación y divorcio. Pero la realidad va mucho más allá de los aislados casos judiciales que aparentan ser. Y por “necesario” que resulte un divorcio, hay que tener en cuenta cómo lo mira el hijo o la hija, más aún cuando toda la vida de ese hijo o de esa hija ha sido moldeada—emocional y psicológicamente—por el divorcio de sus padres.

No obstante, es cruel (e inútil) censurar a parejas que se divorcian. Una amiga inglesa, cuyo padre se fue de la casa cuando ella era niña, lo describe así: “Hay adultos cuya vida pasa por una crisis, están desesperados y no ven otra solución”. Anne admite que en general son los niños quienes sufren las consecuencias, pero nos recuerda que los adultos también pagan un precio. Sin embargo, el dolor causado por un divorcio no tiene porqué ser el final.

Tuve una madre muy buena. Incluso después de que optó por divorciarse, porque no veía otra alternativa, permaneció fiel a mí. Sacrificó su dicha personal y buscó empleo de jornada completa para mantenerme, y lo que me sostuvo fue su constante devoción. Me dedicó veintiún años, los mejores de su vida.

El divorcio deja cicatrices en ambos cónyuges y en sus hijos, si es que los tienen. Pero sé, por experiencia propia, que me salvó la decisión de mi madre de renunciar a sus necesidades propias en favor de las mías. Me dio la posibilidad de recuperarme. Todavía me encuentro “a medio camino”, pero sé que la plena salud me será dada.

Sin mujeres como Cindi y Anne—es decir, sin la fortaleza del niño para superar los obstáculos que la hipocresía y las faltas de los adultos ponen en su camino—criar hijos sería un desafío deprimente. Ellas son prueba de que hay esperanza para toda madre y todo padre, por más ineptos que sean, y por irreparables que parezcan los errores del pasado.

Acerca de las deficiencias de los padres y de la fuente de aquella esperanza, escribió Malcolm X:

Los niños nos enseñan una lección que los adultos debemos aprender. Cuando hemos fallado, en lugar de sentir vergüenza, levantémonos y pongamos manos a la obra. La mayoría de los adultos somos tan temerosos, tan cautos y, en consecuencia, tan cohibidos e inflexibles... Es por eso que fracasan tantos seres humanos. La mayoría de los adultos de mediana edad se han resignado al fracaso.

Conozco a muchos padres que están a punto de desesperar. Ninguno de ellos tenía mejor excusa para abandonar la lucha que Kareem, un condenado a ca-

En Peligro

dena perpetua, cuyo caso he seguido de cerca desde hace varios años.

Kareem nació en Brooklyn, Nueva York, donde se crió en los peores complejos de vivienda subvencionada de la metrópolis. Pasó sus años de secundaria en una de las escuelas más letales del país, en cuanto a homicidios. Dice que su niñez terminó a los seis años de edad, la noche cuando encontró a su madre ahorcada del cielo raso de su cuarto. Más adelante, padre de un hijito quien, a la edad de tres años, ya reconocía la diferencia entre el ruido de cohetes, la detonación del escape automotor y los disparos de revólver, Kareem decidió mudarse a una población en nuestra vecindad. Estaba harto del ambiente callejero, desesperado por salir de la continua delincuencia y pobreza que había perseguido a su familia por generaciones.

Me enteré de Kareem cuando su nombre apareció en primera plana del diario local. Había secuestrado, violado y asesinado a una niña del lugar, de ocho años de edad. En el curso de los meses que siguieron a su arresto, lo visité varias veces en la cárcel, a veinte minutos de mi casa. Desde entonces he estado en contacto con él, aunque ahora se encuentra a cientos de kilómetros de distancia, cumpliendo una sentencia de cadena perpetua sin derecho a libertad condicional.

Si bien su arrepentimiento le ha proporcionado cierta medida de paz, es posible que Kareem no se libere nunca del peso de su ofensa, dada la indecible maldad de los delitos que admite haber cometido. (En el último año ha cambiado totalmente, de modo que sus compañeros de prisión empezaron a llamarlo “Reverendo” y a pedirle consejo.) Pero carga otro fardo aún más pesado: el saber que, además de ser asesino convicto, es un padre cuyo fracaso le ha quitado para siempre la posibilidad de educar a su hijo tal como una vez lo soñó.

Pero su historia no termina aquí. Hace dos años, el hijo de Kareem ingresó al tercer grado en la escuela de mi parroquia; a partir de ese momento ha florecido y progresado, tanto en sus estudios como en sus relaciones con quienes lo rodean. El progreso de su hijo le ha devuelto al padre la esperanza,

y Kareem ya no se atormenta por la suerte de su familia, sino que trata de rescatar el tiempo perdido. En la práctica, su paternidad se limita al intercambio de cartas y a las escasas visitas, pero persiste, aun a sabiendas de que ni el más profundo remordimiento lo librarán de los barrotes de su celda.

Cuando comencé a escribir este libro, la maestra me mostró un poema que el chico compuso pensando en su papá:

Mi papá es mi hombre favorito, ¿oíste?
Me da todo el cariño que puede...
Mi papá quiere que yo aprenda en la escuela:
Él cree que aprender es de buena onda.
El día de mi cumpleaños me regaló una bicicleta,
porque sabía que eso era lo que yo quería.
Me escribe todas las semanas.
Yo siempre voy a querer a mi papá...
Algún día mi papá y yo
veremos la nieve en las Montañas Rocosas.
Encontraremos oro,
más oro del que podamos cargar.
Se lo llevaremos a mi mamá:
“¡Mira, mamá, tanto oro!”
A cambio de ese oro mi papá podrá
regresar a casa...
Quizás nunca volveré a ver a mi papá,
Pero él siempre será mi mejor amigo.

Se dice que no son los realistas sino los soñadores quienes cambiarán el mundo. Si esto suena hueco o pomposo, es porque nos cuesta creerlo. Son los niños quienes, con sus miradas llenas de esperanza, tienen la fuerza para transformar la realidad. Puede ser que a medida que crecen, poco a poco perderán su ingenuidad, pero, ¡cuidémonos de robarles su optimismo o empañar su alegría! Vale afirmar los anhelos de un niño. Por poco realistas que parezcan a nuestros ojos adultos, el mundo tiene urgente necesidad de sus sueños.

6. La solución cómoda

*Hay dos grandes pecados humanos
de los cuales derivan todos los demás:
la impaciencia y la apatía.*

F R A N Z K A F K A

Pregunte a equis personas cuáles son los mayores peligros que acechan a los niños de hoy, y le contestarán con una lista bien conocida: desamparo y desnutrición, inadecuada asistencia médica y educación deficiente. Y tendrán razón. Sin embargo, cuanto más trabajo con niños, más me inquieta otra tendencia, apenas perceptible, pero que representa una amenaza de igual gravedad: la propensión a la evasiva. Llámese comodidad, negación o terquedad —si hay algo que caracteriza nuestra educación, es el hábito de dar la espalda a las situaciones más espinosas y sedarnos con “soluciones” fáciles.

Si bien es humano y normal optar por los remedios menos dolorosos, rara vez permiten éstos un enfoque saludable para educar a nuestros hijos. Por supuesto, la idea misma de que es difícil ser padres, es negativa. Al fin y al cabo, criar al hijo que hemos traído al mundo debería ser un privilegio y un deleite, pero son cada vez menos quienes consideran su responsabilidad en términos tan positivos. La paternidad ya no es un deber natural, sino que el gobierno tiene que perseguir a los hombres para que cumplan con sus obligaciones; la

maternidad es objeto de agresión por un lado, y por el otro se le considera supremo sacrificio; y el amor es reducido a un vínculo emocional, algo que se puede enseñar y aprender.

Casi siempre, las publicaciones especializadas en temas de educación y familia, las revistas y los libros populares traen el mismo mensaje: los niños serán graciosos y encantadores, pero criarlos es tarea ingrata. Por eso aconsejan que de vez en cuando las parejas disfruten un extendido fin de semana o vacaciones a solas, o bien una romántica cena a la luz de velas. Y que nadie pregunte cómo caben los hijos en esos planes, porque la verdad es que no caben —lo cual es deplorable; es algo muy triste que les suceda a los matrimonios, ya que más adelante, entre sus horas más felices, recordarán las que habrán pasado con sus hijos.

Las luchas, las dificultades y los sacrificios son igualmente formativos e importantes. Los buenos recuerdos no son más que eso, son buenos; pero son las malas rachas que contribuyen a fortalecer los lazos entre padres e hijos.

¿Por qué nos apresuramos a ver los problemas inherentes a la educación de nuestros hijos, y perdemos tan fácilmente de vista la alegría que nos traen? ¿Por qué ese afán de protegernos contra el dolor, y por qué somos tan renuentes a aceptar el duro trabajo que conlleva la crianza de un niño? ¿Por qué nos asalta la ansiedad de evitar dificultades y somos incapaces de ver la ayuda que encierran? Dos mujeres de mi iglesia responden a esas preguntas. Dice Clare:

Quizás sea porque nuestra generación nunca alcanzó la madurez. Muchos seguimos buscando la pareja perfecta, el auto perfecto u otra felicidad que se nos escapa de las manos. No sabemos lo que significa hacer sacrificios o dar generosamente sin que nadie se dé cuenta; ni creo que jamás se haya esperado eso de nosotros...

Desde luego, no estamos todos en la misma. Jane, madre de cinco hijos, expresa lo que piensan muchos:

A mi entender, la maternidad es la tarea más noble que se pueda emprender, porque no es posible ejercerla cuando te convenga o adaptarla a tus pre-

ferencias. Al asumirla como una tarea, debes estar dispuesta a renunciar a todo —al tiempo libre, las noches de sueño ininterrumpido, las aficiones y pasatiempos, tus deseos de mantenerte en buenas condiciones físicas, y todos aquellos pequeños placeres a los cuales creías tener derecho, tales como las cenas a altas horas de la noche y prolongados baños calientes, o las excursiones de fin de semana y los paseos en bicicleta... No digo que todo eso se haya vuelto imposible por siempre jamás; pero sí has de estar dispuesta a renunciar a todo ello una vez que te decidas a tener hijos y darles el lugar que les corresponde: el primer lugar.

Para muchas mujeres—sobre todo en los países subdesarrollados y entre los marginados de nuestro país—no es cuestión de sacrificio. Placeres como éstos son las ventajas de una vida acomodada, al alcance exclusivo de los pocos privilegiados. Y aunque nuestra opulencia nos permita darlas por sentadas, no está de más acordarnos de la realidad. No olvidemos tampoco que el progreso tecnológico nos ha liberado de casi todas las tareas que realizaban nuestros abuelos—cortar leña, arar el suelo, encender la hoguera, traer agua del aljibe—es decir, de pesada labor física y largas esperas. Pero al mismo tiempo ese progreso nos ha privado de la formación de carácter que todo aquello conlleva. Como ya no sabemos lo que significa el trabajo duro, no estamos en condiciones de transmitir su valor a nuestros hijos.

Donde me crié, el trabajo físico formaba parte de la vida diaria. No tuvimos que buscarlo. En casa no había agua corriente ni calefacción central, y por muchos años no tuvimos electricidad. Las comidas se cocinaban en un fogón al aire libre y siempre había leña por cortar y apilar, y agua que cargar. La hierba se chapeaba con machete; era áspera, maciza y alta, sobre todo después de la lluvia. De adolescente, solía quejarme de las interminables tareas dentro y fuera de la casa, pero la firmeza de mis padres no cejó. Hoy se lo agradezco, porque sé que su insistencia me inculcó autodisciplina, concentración, perseverancia y la aptitud para llevar a cabo lo que se ha empezado —cualidades indispensables para ser padre.

Conozco a muy pocos padres hoy en día que cargan agua, pero se engañan

si piensan que criar a un niño no supone trabajo duro. Hablemos de disciplina, por ejemplo. Mantenerme firme y consecuente en contra de la voluntad de mi hijo a menudo resulta engorroso; más fácil es ceder. No obstante, quien prefiere su comodidad al esfuerzo que cuesta exigir obediencia, descubrirá que, a la larga, el problema sólo va aumentando.

El educador alemán Friedrich Wilhelm Foerster (1869–1966), amigo de mis abuelos, solía contar esta historia: Un general británico obligaba a su cabalgadura a doblar cierta esquina, una y otra vez, hasta que la terca yegua daba la vuelta. A la decimonovena tentativa, el animal por fin dobló la esquina como él quería. Insignificante en sí, ésta es una lección de vital importancia para todo padre: “Nunca cedas antes de haber ganado la batalla”.

Solemos evadir cuestiones difíciles simplemente por estar agotados o por sentirnos culpables. ¿Cómo voy a reprender a mi hija si yo, cuando joven, cometí el mismo error? Otras veces le tenemos lástima al chico y arreglamos las cosas para no causar pena. Por lo general no hay consecuencias inmediatas; pasamos por alto lo sucedido, nos contentamos con dar explicaciones y lo olvidamos. Pero siempre hay repercusiones, y a veces son muy desagradables. Bea nos da un ejemplo clásico:

Tres veces en el curso de sus estudios secundarios, mi amiga Kate trató de suicidarse. Cada vez había tomado píldoras, y su familia la llevaba corriendo al servicio de emergencia para que le lavaran el estómago. Al poco tiempo estaba de vuelta en la escuela, pero nunca le ayudaron de verdad... Unos años antes, sus padres se habían divorciado y ambos habían vuelto a casarse; pero ninguna de las dos parejas la acogió. Querían vivir sus propias vidas, y Kate les hacía recordar el pasado; no encajaba en sus planes.

Paul, otro conocido mío, sufrió angustias similares. Nació fuera de matrimonio y se crió sin padre en una pequeña ciudad típica de los Estados Unidos. Para proteger a su hijo, la madre evitaba el penoso tema, y su silencio terminó por transformar la vida del niño en un infierno.

A veces preguntaba por mi padre. Mamá me enseñaba una foto y me decía

que era un hombre inteligente, apuesto y osado, y que quisiera estar con nosotros, pero había quienes lo necesitaban más. Tal vez por sentir que le resultaba difícil hablar del tema, no pregunté mucho. Pero con el pasar de los años me hice una imagen de mi padre: la del héroe de las historietas, el hombre osado que siempre salía en alguna misión para rescatar a personas que se encontraban en toda clase de apuros.

Cuando tuve catorce años descubrí, por una casualidad, quién era mi padre y dónde vivía. También me enteré de que hacía casi cuarenta años que estaba casado con una mujer que no era mi madre. Es extraño pensarlo ahora, pero creo que nunca me había pasado por la mente la idea de que yo era “ilegítimo” o que mi padre podría tener otros hijos; por lo menos, nunca me lo admitió a mí mismo...

Con mi madre nunca hablé de mis sentimientos; simplemente dejé que se enconasen en mi fuero interno. En mi imaginación, mi padre se convirtió en un canalla y le tenía odio. Si alguien me trataba con amabilidad, me sentía molesto porque sabía que lo hacían por tenerle lástima al pobrecito, al bastardo...

Me escapé de casa, decidido a demostrar que no necesitaba la ayuda de nadie, y acabé rodando por las calles. Comencé a usar drogas, y me salvé de la cárcel sólo porque un amigo pagó mi fianza... Tuve otros momentos de apuro y logré escabullirme; pero mayormente me evaporaba cuando las cosas se ponían feas. Fui incapaz de enfrentar mis traspies. En cierta ocasión estaba drogado y falté al trabajo; después me sentí tan avergonzado que corrí de ese lugar y nunca volví. Huía constantemente, porque me metía en aprietos y no era capaz de quedarme en un solo sitio para tratar de desenredar las cosas.

En todos lados me sentía atraído por los puntos de contacto de prostitución homosexual. No deseaba establecer relaciones duraderas; sólo buscaba sexo anónimo, y cuando el asunto tomaba cariz de seriedad, me iba a toda prisa.

Después de unos años de esa vida, me asenté un poco. Fui a la universidad, me casé y me convertí en un buen ciudadano. Pero no era más que una fachada. Todavía trataba de escapar del pasado, igual como mis padres... No funcionó. Mi esposa pensaba que yo era un hombre honrado, pero yo me escapaba para visitar sex-shops y tomar drogas a escondidas.

Durante todo ese tiempo, solamente ansiaba que me amaran, pero nunca dejé que nadie llegara a conocerme de verdad...

Las historias de Kate y de Paul muestran que poco importan los motivos por los cuales reprimimos un problema o hacemos la vista gorda. En el primer caso, fue por falta de amor; en el segundo, fue por el muy comprensible deseo de una madre de proteger a su hijo y evitar que pasara vergüenza. Los resultados fueron esencialmente los mismos: se evadieron las confrontaciones, pero no el dolor. Más bien, el dolor se multiplicó.

A menudo arreglamos un embrollo de manera superficial. No hay nada malo en buscar la salida conveniente, pero el remedio fácil rara vez es el mejor. A decir verdad, la solución más cómoda a menudo encubre la mayor amenaza. Pero esta opinión no goza de popularidad en el país de comidas rápidas, tarjetas de crédito, y televisión las veinticuatro horas al día.

Nadie puede negar que media hora en una cafetería ahorra dos en la cocina; pero de ambos lados del Atlántico no somos inocentes en cuanto al vertiginoso aumento de la obesidad infantil. Y si empleamos la televisión como “niñera sin sueldo” para cuidar y entretener a nuestros hijos, que no nos sorprenda el verlos adictos a las tonterías e inmundicias que vomita la pantalla, desinteresados en leer porque la lectura les aburre, e insistentes en que les compremos los últimos productos de moda. (Mis hijos se criaron en un hogar sin televisión, y han continuado esa tradición con sus propios hijos.)

Si bien a menudo se aduce la ignorancia o la pobreza para justificar las decisiones equivocadas de los padres (por ejemplo, con respecto a la alimentación), siempre es el niño quien sufre las consecuencias, por persuasiva que sea la explicación. Además, no se trata de un problema exclusivamente financiero; no faltan los padres pudientes, bien preparados, pero tan descuidados con sus hijos como otros menos privilegiados.

Jennifer trabaja en Los Angeles en un centro preescolar para hijos de profesionales. Conoce a madres y padres tan ocupados con sus carreras que son incapaces de satisfacer las necesidades más elementales de sus hijos.

La mayoría de mis niños vienen de hogares de clase media acomodada, y a nadie se le ocurriría pensar que los traerían al centro sin haberles dado desayuno. Pero es algo que pasa muy a menudo. Llegan muertos de hambre.

Tuve una nena de tres años a la cual le dieron un poco de chocolate para el desayuno y otro poco para el almuerzo. ¡Eso fue todo! Y la madre es directora de una empresa y gana un buen sueldo. La niña tenía el vientre hinchado y muy poca energía...

Hablé con los padres, pero no hubo ningún cambio. Le han diagnosticado un trastorno del metabolismo del azúcar y todavía sufre los efectos: letargo, hinchazón y grandes ojeras. Tiene pocas ganas de aprender y quiere que la mimen constantemente. Me parte el corazón...

Oigo cada vez a más madres decir: "¡Ojalá que llegue el lunes!", como si pasar un fin de semana entero con sus hijos fuera el límite de lo que pueden aguantar. Han elegido cierto estilo de vida y están decididas a mantenerlo. Y los niños no se saben queridos; están enojados y frustrados, porque, según creo yo, se les hace sentir culpables por querer estar con sus padres.

Últimamente hemos llegado a considerar la niñez como una fase que debe tratarse con ciertas reservas. No sólo les hacemos sentirse culpables hasta a los más pequeños. En clase y en el recreo, aplastamos a niños, grandes y pequeños, ricos y pobres, no porque sean rebeldes o indisciplinados, sino porque se comportan como los chiquillos que son. Lo que hoy llamamos "problemas", solía aceptarse como rasgos normales de la infancia. Al niño impulsivo, exuberante, espontáneo o audaz ahora lo diagnosticamos como hiperactivo, y le administramos medicamentos para domarlo. Me refiero, por supuesto, al uso generalizado del Ritalín⁶ y otros fármacos semejantes, y a la fascinación del público por las medicinas como si fueran la panacea universal.

No hay dudas de que el Ritalín es un medicamento adecuado para tratar ciertos trastornos muy específicos. No obstante, en los últimos diez años se ha triplicado su uso. Cabe preguntarse si no se abusa del Ritalín como un curalloto contra, entre otros, el trastorno del déficit de atención e hiperactividad, e

⁶ Marca registrada de una medicina cuyo nombre químico es metilfenidato.

incluso para refrenar a niños dinámicos que no tienen realmente tal trastorno. Además, muchas de las características que se dicen ser sintomáticas de esa supuesta enfermedad no son otra cosa que la defensa del niño contra una vida demasiado estructurada—una reacción normal que solía llamarse “válvula de escape”—o bien, síntoma de anhelos emocionales insatisfechos. Jeff, un viejo amigo, me brinda este ejemplo conmovedor:

Jerome, un niño de ocho años que vive en Seattle, vino a pasar el verano con nosotros para salir de la ciudad. Cuando llegó, era un desastre, aunque tomaba Ritalín. A los dos o tres días, poco a poco disminuimos la dosis, ya que tenía suficiente espacio para jugar y no armaba bochinche, sino que él mismo empezó a dominarse. En su casa (en un edificio de apartamentos), lo único que podía hacer era ver televisión. El cambio fue notable.

Cuando el chico llegó, era incapaz de fijar su atención en nada por más de un minuto, tan agitado y distraído estaba. Senté algunas reglas básicas y le di tiempo. Lo llevé a pasear en bicicleta, porque solo se sentía inseguro... Hacia el fin de su estancia estaba tan asentado y feliz que en un momento me preguntó si me podía llamar “papá”. Casi me desmayé. Ese chico no necesitaba Ritalín; lo que le hacía falta era aire fresco —y amor.

De vuelta en su casa, Jerome muy probablemente habrá recaído. Le habrán recetado más Ritalín para suprimir sus “síntomas”. Y seguimos preguntándonos si alguna vez recibirá la atención que requiere, ya sea en su hogar o en la escuela. Por suerte, un número creciente de personas plantean esa pregunta. Citemos al psiquiatra y escritor Peter Breggin, conocido por su libro *Talking Back to Ritalin* (La refutación del Ritalín).

Medicamentos como el Ritalín se consideran una panacea para el tratamiento de trastornos emocionales y de conducta... Pero creo que el uso excesivo que se hace de ellos es pavoroso. Cuando el Instituto Nacional de Salud me pidió que participara en un debate sobre los efectos de esos medicamentos, revisé la literatura pertinente y descubrí que, cuando se administran a animales, éstos dejan de jugar, de manifestar curiosidad, de relacionarse, y no tratan de escapar. El Ritalín crea animales dóciles en cautiverio... Nosotros

producimos niños dóciles en cautiverio. Es muy fácil decir que se necesita una aldea para criar a un niño, pero en la práctica nos comportamos como si bastara una pastilla.

A esta supresión de la infancia por medio del Ritalín, Breggin la llama “el chaleco de fuerza químico”. Pero hay miles de otras maneras por las cuales el niño es presa de nuestro afán de comodidad y dominio. Lo más chocante son los atropellos y el maltrato que sufren los niños, no por parte de extraños o de delinquentes declarados, sino a mano de sus propios padres y tutores, personas “normales” que pierden el control y revientan cuando las cosas no salen como quieren.

Igualmente aterrador es el número de mujeres que se someten a abortos provocados porque el embarazo estorba otros planes que tienen. Según un artículo publicado por el *British Medical Journal* en 1996, en algunas partes de Europa (y sin duda también en los Estados Unidos de América) las cosas han llegado a tal punto que algunas mujeres deciden abortar únicamente porque la fecha del parto podría interferir con las vacaciones ya previstas.

Esta actitud no es del todo sorprendente. Como señala Foerster en su clásico *Basics of Education*, (Fundamentos de la educación), la “civilización” contemporánea ha suavizado nuestra existencia a tal punto que pocas personas están a la altura de las demandas que les plantea la vida —ni que hablar de dolor, sufrimiento, trabajo duro, sacrificio. “Sucumben inermes a sus golpes... No saben cómo manejar la frustración; en lugar de usarla para un fin constructivo, la perciben como algo que los oprime y exaspera.” Y añade que esos mismos contratiempos, que a nuestros abuelos y bisabuelos sirvieron para vencer los reveses de la vida, hoy bastan para mandar al desarraigado hombre moderno al hospital psiquiátrico. O, como ya vimos, a la cárcel o la clínica de abortos.

Hemos visto el estado lamentable de nuestra cultura, y no ha de asombrarnos que, en el siglo veintiuno, tener hijos y educarlos costará un tremendo esfuerzo. Pero no nos asustemos. Mientras sigamos esquivando nuestras obligaciones y responsabilidades, derrochamos los momentos más importantes en

la educación de nuestros hijos, y además nos perdemos la felicidad que pueden proporcionarnos. Y si esto suena como una ilusión, oigamos lo que dice Chuck, un amigo de California. La “solución cómoda” se hizo humo cuando un accidente de aviación lo dejó paralizado cintura abajo.

A pesar del accidente, tuve la suerte de poder ingresar en la facultad de derecho... Cuando me recibí, mi esposa Karen y yo nos mudamos a la Carolina del Norte, para estar cerca de mis padres. Sabíamos que nunca tendríamos hijos. Karen siempre se había interesado por niños en situaciones precarias, y cuando descubrió que en nuestra zona se buscaban familias de acogida, nos dimos cuenta que sí podíamos tener una familia, a pesar de todo. Hicimos algunas averiguaciones y decidimos comenzar con dos niños... Ahora tenemos aquellos dos más otros tres; los hemos adoptado a todos, y esperamos adoptar a dos más.

Siempre nos asombran las reacciones que provoca nuestra situación. No se trata de mi discapacidad; incluso sin ella, la gente cree que estamos locos. Pero preferimos que nos consideren excéntricos y tener hijos, a ser considerados “normales” y no tenerlos... En realidad, esas reacciones no tienen sentido. Por un lado, nadie discute que el mundo se ha tornado hostil a los niños. Por el otro, pocos están dispuestos a cambiar su modo de vivir para darles cabida. No tardamos en señalar los defectos de otros, pero nos cuesta reconocer los propios.

Todo el mundo se queja de lo mal que andan las cosas y lo difíciles que son sus hijos. Pero acaso se debe precisamente a que, quienes tanto se quejan, son demasiado egoístas y ambiciosos, y no quieren incomodarse. Disciplinar, educar y formar a un niño es incómodo, pero también trae amplias recompensas... Por cierto hay días en que se nos agota la paciencia, en que ya no sabemos qué hacer —pero esos pequeños nos ayudan a ver las cosas objetivamente.

A mi manera de ver, la tarea más productiva que podemos emprender es la de educar a nuestros hijos, aun cuando los frutos se cosecharán recién en la próxima generación. Si es así, ¿qué satisfacción nos brinda a nosotros? Prefiero dejar que mis lectores contesten esta pregunta.

7. Elogio de la oveja negra

Estoy convencido de que en cada niño hay diez veces más bondad que maldad, y en cuanto a la maldad, habría que ver.

JANUSZ KORCZAK

Nuestra cultura exalta la competición y el éxito y proporciona amplia oportunidad para ambos. A cada vuelta nos encontramos con adolescentes estrellas de pop, niños prodigios, precoces genios intelectuales y científicos, y campeones de tenis de tierna edad. Los modelos que nos sonríen desde nuestras lustrosas revistas de moda a menudo son muchachas de quince o dieciséis años de edad, y en primera plana de nuestros diarios aparecen reportajes sobre adolescentes aficionados a la compra y venta de acciones en el Internet.

Sin embargo, en las noticias no aparece la otra cara de la moneda, esto es, las historias que no hacen sonreír a nadie: el número alarmante de quienes no terminan sus estudios secundarios, de los adolescentes que se suicidan, de los fracasados y los menores de edad que están presos. Es el dolor silencioso de los gordos, los torpes, los discapacitados y los lentos. Es la epidemia de los hiperactivos, adictos, medicados y deprimidos. Y por último, es la juventud estropeada por faltarle ternura, esperanza y aliento, no porque tengan algún

defecto, sino simplemente porque se les ha convencido de que no sirven.

“En cada rebaño oveja negra”, dice el refrán y casi todos conocemos alguna o la conocimos cuando niños. Hay una en cada familia, en cada aula —la hermanita o el hermano, aquel chico y aquella muchacha que siempre se mete en líos, que es insufrible por su franqueza y no encaja en ninguna parte. Éste es el niño que más que ningún otro desconcierta al maestro, y que más sueño les quita a sus padres.

Si bien es un fenómeno bastante común, ser un maladaptado no es fácil. Lo confirma Dana, una mujer que durante muchos años sufrió porque la criticaban y rechazaban.

Desde muy pequeña solía decir a todo el mundo exactamente lo que pensaba, aunque no me lo agradecían. Si alguien tenía una mancha en la cara, o si las medias que tenía puestas no iban bien con el vestido, si cojeaba o tartamudeaba o tenía un tic nervioso, yo se lo decía. Si veía a un adulto que parecía triste, le preguntaba por qué. Y, por supuesto, me regañaban constantemente...

Felizmente, de mi niñez sólo me quedan vagos recuerdos, pero no puedo olvidar esa sensación de ser la oveja negra, siempre metida en líos y siempre reprochada por haberlos causado.

En la escuela (un exclusivo colegio privado) robaba, mentía y fingía. En general prefería quedarme sola, y cuando me fastidiaban me volvía mala. Al mismo tiempo me sentía muy insegura. No me ayudó en absoluto que, de entrada, los maestros—uno de ellos en particular—me catalogaron entre las alumnas que había que vigilar. Esa fama me siguió por todas partes, y todo el mundo presumía que yo siempre estaba a punto de hacer de las mías. A las maestras sustitutas les advertían: “No pierdan de vista a aquélla, que por algo está en primera fila”. Parecía que nadie en mi clase era tan malo como para merecer los castigos que me encajaban a mí. Yo mentía para no meterme en embrollos, y cuando me sorprendían en una mentira, mentía más.

Poco tardaron todos los maestros en enterarse de lo mala que yo era, y hasta mis compañeras de clase parecían tratarme de distinta manera. Por suerte conocí a Louisa, una niña que tenía el síndrome de Down; ella me

quería tal como yo era, hablaba conmigo y me trataba con respeto. Nunca la olvidaré.

Todos los malos informes que recibían mis padres les hacían sentirse frustrados, y casi siempre se ponían de parte del colegio. Al fin y al cabo, enviarme allí no era cosa fácil. En todos aquellos años no recuerdo ningún abrazo u otra expresión de cariño. Lo único que me prodigaban eran sermones airados, uno tras otro.

Cuando terminé la escuela primaria, ya me había dado por vencida. Y, ¿por qué no?, ya que nadie parecía tener fe en mí. Estaba totalmente frustrada. Me endurecí, rehusé ceder a mis emociones y me convertí en un bloque de hielo. Pasé muchos años sin poder llorar. Al mismo tiempo, sufría de indigestión crónica y de diarrea de origen nervioso. Tenía los nervios destrozados.

Hoy sé muy bien que parte de la culpa era mía. Debo haber sido una niña bastante difícil. Sea como fuere, es un escándalo que se le considere incorregible a una chiquilla —que una niña se sienta marcada a tal punto que desespera. ¿Acaso no tiene todo niño por lo menos el derecho a saber que alguien cree en él, y que todo se puede remediar? Confío en que esto todavía me suceda a mí, aunque tengo mis dudas. No hace mucho, me topé con una antigua compañera de clase. Pareció azorada de encontrarse conmigo. Cuando le pregunté por qué, primero estuvo muy incómoda, pero al final admitió que todavía recordaba las advertencias de su madre con respecto a mí.

Comparado con el maltrato físico o el abuso sexual, lo que sufre Dana podría parecer de poca monta. No es así. Como su historia demuestra, para un niño tener mala fama resulta igualmente opresivo. De todos modos, nunca tratemos como baladíes las angustias y los trastornos emocionales que sufre un niño. Al contrario, es un ser humano sumamente vulnerable, cuyo bienestar depende de los adultos que lo rodean, y es mucho más sensible a la crítica—y susceptible de quedar aplastado—de lo que nos imaginamos. Es cierto que su natural facilidad de perdonar y olvidar lo salva de un peso que no tardaría en abrumar a muchos adultos. Por otra parte, una acusación injusta, un comentario despectivo o una decisión precipitada puede sofocar su confianza en sí mismo.

En Peligro

Aún si no denigramos a un niño, es posible marcarlo inconscientemente con alguna categoría y así causarle igual daño, ya que esto influye en la manera cómo lo tratamos. Ocurre más a menudo de lo que nos percatamos —a veces sin saber nada acerca del niño en cuestión. Gary, un viejo amigo inglés que hace poco acompañó a sus alumnos en un viaje a Irlanda del Norte, me contó lo siguiente:

Sucedió en Belfast. Yo me estacioné fuera de nuestro autobús y traté en vano de mantener a la muchachada de la localidad a cierta distancia del vehículo. Los niños y niñas estaban tan entusiasmados por habernos detenido en su cuadra que se apiñaban alrededor del bus. Finalmente me enojé y los chicos se fueron corriendo. En ese momento se acercó una mujer que estaba en la acera. Primero se disculpó por el bullicio que armaron los niños por subirse al ómnibus, y dijo que entendió muy bien por qué tuve que echarlos de ahí. Luego se puso a describir a los muchachos: “Aquellos dos que usted ve allá tienen cinco y ocho años de edad, respectivamente; hace quince días, su papá se ahorcó. Aquel de más allá nunca tuvo padre; y este chiquito aquí tiene al papá en la cárcel desde hace años. Nadie les presta mucha atención”. Esas palabras me dieron un puñetazo en el estómago. Ahí estaba yo, rezongando a unos chiquillos de la calle porque me causaban molestia, cuando en realidad eran víctimas de la peor forma de abandono...

Cada vez que pronunciamos juicio sobre algún niño dejamos de ver en él a la persona integral. Ciertamente ese niño puede ser nervioso, tímido, terco, caprichoso, hasta violento; puede que sepamos algo acerca de sus hermanos, de sus orígenes, o creemos reconocer en él rasgos de su familia. Pero al fijarnos en sólo un aspecto de ese niño o niña—más aún cuando ese aspecto es desfavorable—hemos puesto a su persona en un casillero cuya etiqueta, lejos de corresponder a la realidad, sólo refleja nuestros prejuicios o expectativas. Y hemos olvidado que el destino de ese ser no reposa en nuestras manos. Además, restringimos su potencial y, por ende, lo que podría llegar a ser.

Comparar a un niño con otro—sea nuestro o ajeno—lo perjudica tanto como encasillarlo. Es obvio que no hay dos niños iguales. Algunos parecen

tener toda la suerte, mientras que otros apenas pueden con su pequeña vida. Un niño suele traer a casa notas sobresalientes; su hermano ocupa el último lugar en su clase. Uno es talentoso y popular; el otro, por mejor buena voluntad, siempre está metido en líos o se siente menospreciado. Todo niño puede aprender a aceptar estas realidades. Y los padres debemos cuidarnos de tener “hijos favoritos” y de comparar al hijo propio con el ajeno. Sobre todo, debemos abstenernos de convertirlo a la fuerza en algo que no corresponde a su carácter o a su temperamento individual.

Nunca debemos reprimir o pasar por alto las aptitudes de nuestros hijos. Por otra parte, alentarlos demasiado tiene sus riesgos. No es fácil guiar a la niña que ya tiene conciencia exagerada de su talento; que se da aires por haber sido agasajada y mimada, casi siempre a expensas de otros niños. El resultado, a menudo, es una chica que no logra relacionarse fácilmente con sus iguales.

Asimismo es perjudicial la extra dosis de atención y el favoritismo, por sutil que sea, que sin pensar dispensamos a aquellos niños cuyo atractivo físico y carácter plácido y alegre les permite atravesar la infancia sin graves conflictos. Esos niños sufren de una “dorada maldición”, solía decir mi abuelo —la ilusión de que, en el mundo de los adultos, los tratarán con la misma preferencia que en su niñez.

Louise es vecina mía, maestra jubilada, y sabe por experiencia propia cuánto agravio se puede causar a un niño.

Los halagos tuvieron un efecto desastroso en mi vida. Recuerdo una tarde de domingo—debo haber tenido cinco o seis años de edad—cuando estuve de paseo con mis hermanas, mi mamá y dos tías. Las niñas corrimos despreocupadas delante de los adultos, pero pronto empecé a rezagarme para saber qué decían, porque había escuchado mi nombre. Me hinché de orgullo. Hablaban de mi talento y mis dones, y una de ellas dijo: “¡Qué niña extraordinaria!”

Nunca olvidé estas palabras. El daño estaba hecho. A partir de ese momento tuve cierta imagen de mí misma, y me vi obligada a bregar por mantenerla, incluso cuando mi vida estaba por naufragar. Ya no podía ser yo

misma. Me torné ambiciosa, mentirosa y enrevesada. Hoy sé que en aquel momento se acabó mi niñez...

Debemos cuidarnos de considerar como “malo” al niño “difícil”, nos advierte Korczak, si no queremos sofocar en él todo aquello que “templa su espíritu, que representa la fuerza motriz de sus exigencias e intenciones y el fundamento de su voluntad y su libertad”. Al mismo tiempo, dice, no debemos confundir a los niños “buenos” con los que parecen ser “fáciles” de educar.

El niño bueno llora muy poco, duerme toda la noche, es tranquilo y dulce. Se porta bien, es obediente y nunca molesta. Pero a nadie se le ocurre que algún día podría ser un individuo indolente y apático.

Tampoco debemos olvidar que criar a un niño “bueno” es, de entrada, una meta aleatoria, pues la línea divisoria entre inspirar rectitud e inculcar santurronería es muy tenue. Según el educador Thomas Lickona, meterse en líos puede ser de vital importancia para la formación del carácter de un niño.

Es necesario exigir obediencia, pero sin extinguir su espíritu independiente. Se ha dicho con mucha razón que todo niño necesita saber que de cuando en cuando puede portarse mal. Necesita saber que nadie exige perfección... No hay garantía alguna de que la niña dócil de hoy será la mujer que, el día de mañana, pensará por sí sola y tomará iniciativas.

Los elogios excesivos pueden perjudicar al niño “bueno”. Por otra parte, los comentarios negativos que convencen al niño “malo” de su maldad en general son devastadores. Al comparar las cualidades del niño “malo” con las del “bueno”, hacemos depender su autoestima de su capacidad para mantenerse al nivel de otro niño, y lo condenamos a un ciclo interminable de frustraciones. En los casos más serios puede conducir a una crisis nerviosa, como hace poco me contó Fran, que trabajaba en una clínica psiquiátrica.

Un día me llamaron para que examinara a Michael, un chico de once años de edad que estaba recluso en la sala para niños con trastornos múltiples y profundos. Su diagnóstico: autismo agudo. Siempre había fluctuado entre un retraimiento total y arranques de violencia. Pero ahora la violencia pa-

recía aumentar, y los médicos se preguntaban si el cambio obedecía a algún patrón.

El procedimiento normal consistía en llevar a cabo una serie de consultas en las cuales me limitaba a observar a Michael y su conducta, y a tomar notas exactas de sus actividades, reacciones etc. El caso de Michael era notable, ya que es poco frecuente ver patrones de estímulo y reacción tan claros, incluso en niños autistas menos afectados. Más sorprendente aún era, pues, encontrarlos en un niño a quien se consideraba totalmente desconectado del mundo real. No cabía duda: en ciertas situaciones, Michael era capaz de comunicarse, de razonar y de responder con cierto freno propio.

Al principio sentí cierta cautela en compartir mis observaciones con el resto del personal de la clínica. Nadie hubiera creído que en aquella sala se habría internado a un niño con capacidad “normal” de aprender. Iniciamos, pues, varios meses de exhaustiva labor de diagnóstico, que incluyó una visita a la familia de Michael. Esa visita siempre será uno de mis peores recuerdos.

El padre, farmacéutico, estaba muy orgulloso de su hijo mayor, un niño modelo de desarrollo acelerado. Cuando se dieron cuenta de que Michael, comparado con su hermano, tardó en aprender a hablar, su padre lo llevó a un logopeda. Siguieron años de continuas mediciones y comparaciones con el hermano mayor, e intensas terapias para que Michael alcanzara el nivel deseado. A partir de un momento dado, Michael comenzó a rebelarse contra esas expectativas y contra las terapias, y a encerrarse en sí mismo. Sus arranques de violencia, pues, no eran síntomas de agresividad, sino un mecanismo para defender su derecho de ser el muchachito que era. Cierta fin de semana se puso tan violento que sus padres ya no pudieron dominarlo y solicitaron ayuda médica. Michael ingresó en la clínica a los ocho años de edad y no salió más. Resulta trágico, pero no hubo manera de convencer a los padres de Michael de que había esperanza para su hijo. Incluso durante nuestra conversación, lo comparaban constantemente con su hermano. Ya no eran capaces de ver a Michael mismo. Tuve que resignarme a que el niño nunca regresaría a su hogar. Lo mejor que pudimos hacer por él fue trasladarlo a otra sección de la clínica, donde recibiría terapia y atención individual.

A menudo me pregunto cuántos niños cuyos problemas son emocionales

simplemente están desplegando una saludable reacción contra las presiones a las cuales los someten sus padres...

Seguramente es más bien reducido el número de niños que sufren tal clase de maltrato. Sin embargo, la historia de Michael constituye un alerta perentorio para todo padre. Nuestros hijos no son propiedad nuestra, y cualquier intento de conseguir que se destaquen o alcancen el nivel de otros niños, tarde o temprano terminará por destruirlos. Aun en casos menos catastróficos, socavar la confianza que el niño tiene en sí mismo es asunto grave; en alemán, esto se ha llamado *Seelenmord*, asesinato del alma.

Cuando se ejerce constante presión sobre un niño, se terminará por quebrarlo, y puede resultar en violencia tanto emocional como física. Recordemos tan sólo la oleada de tiroteos desatada en los últimos años en escuelas primarias y secundarias de los Estados Unidos. En un caso, el pistolero (en realidad un niño no más) había sido acosado por su madre porque era demasiado gordo; en otro, el asaltante se veía constantemente comparado con su hermano popular y atlético. Nada de esto justifica ni explica un horrible crimen; sin embargo las heridas que han persistido forman parte del panorama y no deben desconocerse.

Por suerte, en gran mayoría madres y padres saben cuando han exigido demasiado de sus hijos. Tal fue el caso de la pareja que cuenta la siguiente historia.

Cuando pensábamos en adoptar a Sandy, una niña de tres años que nació con el síndrome de alcoholismo fetal (hoy es mujer adulta y lleva vida independiente), nos advirtieron que no era “normal”. No obstante, desde el momento que la vimos, estábamos seguros de que los médicos se habían equivocado. Es cierto que manifestaba un retraso en el desarrollo del lenguaje, pero esto podía corregirse —al menos así pensábamos...

A los pocos meses de tenerla en nuestra familia, inscribimos a Sandy en un programa de logopedia individual en la universidad cercana, pero no resultó ser lo que necesitaba. Se negó a cooperar; había en ella algo que se rebelaba contra nuestros intentos de “ayudarle a progresar”. La sacamos del programa...

Cuando ingresó a primer grado, Sandy ya había aprendido a hablar, pero su vocabulario era muy limitado y a menudo le frustraba no lograr expresarse. A estas alturas estábamos más o menos resignados a su discapacidad. Le conseguimos clases particulares y otras ayudas individuales, pero cuanto más atención se le daba, más se frustraba.

A medida que Sandy crecía, la alentábamos, diciéndole: “Cada persona es diferente, y hay muchas cosas que tú sabes hacer mejor que otros niños de tu edad”. Sí, muchas cosas, ¡pero las tareas de la escuela, no! Todos nuestros esfuerzos sólo habían servido para inculcarle la idea de que el rendimiento académico era lo que más nos importaba.

En su adolescencia, se multiplicaron los problemas. La instrucción diferencial fue totalmente contraproducente en el octavo año. Para Sandy, era como si en la puerta del aula especial hubiera un letrero que decía: “¡Muchachos, todos ustedes son unos fracasados!” Para ella, la idea de asistir a clases aparte de la mayoría de los demás niños era como echar sal en la herida. Se sentía cada vez más infeliz, deprimida, fuera de lugar. Las presiones—sutiles de nuestra parte, y obvias de parte de sus compañeras—casi la enloquecieron.

Cuando Sandy cumplió los quince años, decidimos por fin sacarla de la escuela. Entonces, de repente y sin presión alguna, empezó a leer por el mero gusto de hacerlo. Pero sus problemas no habían terminado. Ciertos adultos con buenas intenciones solían preguntar: ¿Qué estudiaba?, ¿por qué no iba al colegio?, ¿cuándo pensaba terminar sus cursos? Parece que por todos lados la atormentaban a causa de su fracaso académico.

Hoy vemos claramente que nos habían lavado el cerebro y nos habían convencido de que la vida depende de una educación convencional. Pero Sandy era diferente. ¿Cómo habíamos sido tan ciegos? Nos pusimos a insistir desde un principio en corregir su manera de hablar para que se le entendiera y se le aceptara socialmente, en vez de limitarnos a escucharla y aceptar lo que nos decía por más embrollado que pareciera. A Sandy su desarrollo verbal no le iba ni le venía; sólo nos importaba a nosotros.

Hoy sabemos que aunque amábamos mucho a nuestra hijita, no la aceptábamos tal como Dios la creó. Si fuera posible empezar de nuevo, nos preocuparíamos menos por sus discapacidades (o cómo se les quiera llamar) y

afirmaríamos su personalidad tan digna de aprecio. Sandy era muy sensible. Se preocupaba por los desventurados, los que sufren, los desfavorecidos. Trabajó como voluntaria de L'Arche (una organización que se ocupa de personas con trastornos mentales) y, sin ser erudita, se desempeñó como una persona adulta, competente y solícita...

Por complejo que sea educar al niño que tiene un trastorno como el síndrome de alcoholismo fetal, puede resultar igualmente problemático criar al niño que es meramente difícil. Un niño discapacitado nos plantea cuestiones muy específicas. Pero, ¿qué hacer cuando obviamente existe un trastorno que nadie sabe diagnosticar? En fecha reciente, me escribió Sharon, madre de un joven perturbado:

A veces pienso que, para una madre, tener un hijo que adolece de invalidez física debe ser más fácil que criar a uno que sufre con trastornos emocionales. Cuando hay una evidente dolencia física, por lo menos es obvio que esa persona necesita ser tratada con sensibilidad y comprensión especiales... Pero cuando un muchachito aparenta ser "normal", a veces resulta difícil convencer a la gente de que hay una incapacidad; piensan que debería exigirse de él lo mismo como de otros niños de su edad.

Sharon tiene razón. Pero sé por experiencia que lo más difícil para un niño como el suyo no es que los demás desconozcan sus dificultades, sino que sus padres a menudo los exageran. Sirva de ejemplo el siguiente relato de un padre de familia.

Hasta los tres años de edad, nuestro hijo James fue un niño tranquilo y contento. Entonces nos mudamos a otro Estado por motivos de mi trabajo, y de repente James se deshizo. A veces todavía era tan radiante como antes; pero volvió a ensuciarse los calzoncillos, y comenzó a tener frecuentes episodios de hiperactividad. Corría por toda la casa, movía los brazos como si fueran aspas de molino, a veces chillaba con una energía increíble. Además, adoptó varias mañas, como chuparse el dedo, o tirarse el pelo hasta producir un pequeño claro en la cabeza. A medida que crecía, James se volvía más antisocial. Interrumpía las reuniones familiares, los actos de la escuela y las

fiestas del barrio. Detestaba las actividades y juegos organizados, se escapaba y se defendía cuando alguien trataba de animarlo a tomar parte. Protestaba a toda voz ante la más leve presión para que se apresurara a la hora de comer o vestirse.

¿Qué le pasaba a James? ¿Por qué actuaba así? Sus padres lo probaron todo, desde las más tiernas palabras hasta castigos más severos tales como nalgadas o suspendiéndole el juego (pero le encantaba que se lo suspendieran). Su pequeño mundo parecía impenetrable. Nada surtía efecto. James siempre salía ganando.

James no era un niño rudo, sin corazón. Sonia, una de sus mejores amigas, era una mujer gravemente discapacitada, confinada a su silla de ruedas. Sonia no podía hablar ni comer o vestirse sola. En realidad lo único que podía hacer era sonreír, gorgotear y gemir. Pero a James le encantaba estar con ella y pasar el rato tomándola de la mano. Cuando la persona que la atendía le preguntó a James por qué, contestó: “No sé... Ella sabe amar con los ojos, y se puede sentir que lo quiere a uno”. Pero cuando no estaba con Sonia, había interminables problemas.

Al parecer, otros padres no tenían esa clase de desafíos, o, si los tenían, seguían los consejos de amigos y maestros, con resultados positivos. Con James era diferente. Sus padres buscaron explicaciones por todas partes, en el pasado y en el presente; se acusaron a sí mismos de ser ineptos para criar hijos, y cayeron en picado.

Cuando James cumplió ocho años de edad, nos volvimos a mudar, y sus dificultades se intensificaron. Hasta los rasgos positivos de su personalidad comenzaron a empeorar. James había sido un niño que desbordaba de ideas; pero entonces desapareció su creatividad. Abandonó sus libros y sus pasatiempos; perdió la capacidad de concentrarse lo suficiente como para mantenerse ocupado; volvió a orinarse en la cama. Y lo más alarmante fue que se tornó tan violento e impredecible que no podíamos dejarlo solo con sus hermanos menores.

A veces la cosa más insignificante lo trastornaba, y se descontrolaba por

completo. Entonces corría por el pasillo vociferando: “¡No! ¡no! ¡no!” Tiraba las puertas y gritaba a las personas y objetos que le impedían el paso.

Andando el tiempo, nos desalentamos más y más. Hablábamos, orábamos, leíamos y volvíamos a hablar. Acudimos a médicos pediatras y asistimos a consultas entre padres y maestros. Pedimos consejos y los recibimos en abundancia. Pero no teníamos ninguna confianza en nosotros mismos, ni en James.

Hoy sabemos que fue ése nuestro mayor impedimento: que en vez de actuar según nuestras propias convicciones, buscamos consejos ajenos. En parte, debido a un exagerado miedo de que James no iba a “salir bien”, nos presionamos a nosotros mismos y a él para que se adaptara. En parte, temíamos (aun inconscientemente) que su “fracaso” pudiera repercutir en la imagen de sus padres, es decir, que nuestro hijo llegaría a ser una amenaza para nuestra buena reputación. Y en parte, si bien nunca dejamos de abrigar alguna esperanza, ya no creíamos en la posibilidad de que James pudiera cambiar.

Por suerte teníamos amigos que no habían perdido la esperanza. Finalmente, gracias a ellos cambiamos de rumbo y resolvimos nuestros problemas. Para mí, el momento decisivo fue cuando me di cuenta de que la causa de nuestras dificultades no era ni James ni yo, sino mi actitud frente al desafío de criar a un hijo que no encajaba dentro del molde. ¿Y por qué demonios tenía que encajar? Ahora las cosas empezaron a tomar un curso normal. Pude deshacerme de mis ideas de cómo debía ser James, lo que eliminó muchos motivos para regañarlo, y hubo menos ocasiones para frustrarse, etcétera...

En los dos últimos años, James se ha vuelto más estable y más feliz que en cualquier otra época que recordemos mi esposa y yo. Y, más importante aún, nosotros mismos hemos cambiado. Estamos aprendiendo a estar a disposición de James cuando nos necesite, sin preocuparnos y sin tener intenciones especiales. En cuanto a identificar los “trastornos” en su comportamiento (cosa que aún no ha sido posible), hemos llegado a aceptar que de nada sirve el más exacto de los diagnósticos, si no hay cura. Y la mejor cura es el amor.

Nunca seremos una familia modelo. Pero al menos somos una familia más fuerte. Y si algo nos ha enseñado nuestro hijo es esto: la familia más

fuerte de todas es aquella en la cual cada uno de sus miembros sabe que necesita a los demás.

Cuando la lucha es tan intensa como la de James, a menudo les cuesta a los padres entender los beneficios de haber criado a un niño difícil, aun cuando el desenlace es positivo. Para algunos, se paga un precio demasiado alto en dolor. Para otros, el alivio es tan grande que, concluida la batalla, ni el hijo ni los padres jamás vuelven a mencionarla. Por extraño que parezca, a mi manera de pensar, cuanto más problemático el niño, tanto más agradecidos deben estar los padres. Los padres de hijos difíciles deberían ser objeto de envidia, porque ellos, más que ningunos otros, se ven obligados a aprender el más sublime secreto de ser verdaderos padres y madres, o sea, el significado del amor incondicional. Este secreto permanece oculto para aquellos cuyo amor nunca fue puesto a prueba.

Con esto en mente, acojamos con brazos abiertos la perspectiva de criar a un niño problemático. No tardaremos en comprender que nuestras frustraciones son ocasiones para despertar nuestras mejores cualidades. Y no envidiemos a los vecinos por su aparente facilidad de criar a hijos perfectos; más bien recordemos que el niño cabezudo, el que se emperrea y no acata las reglas establecidas, a menudo llega a ser un adulto más independiente y seguro de sí mismo que aquel otro que nunca se rebeló contra los límites impuestos en su niñez. Lo dice el predicador progresista del siglo diecinueve, Henry Ward Beecher: “La misma energía que dificulta gobernar a un niño es la que un día lo capacitará para gobernar la vida”. Y si los infortunios de nuestra propia niñez nos impiden abrazar un enfoque tan positivo como el de Beecher, olvidémonos de nosotros mismos y miremos a nuestros hijos. El cariño que nos tenemos nos permitirá descubrir, una y otra vez, la fuerza del perdón, el optimismo que nace de la esperanza y la necesidad de olvidar el pasado. Volvamos a Dana, la madre cuya historia abrió este capítulo:

¡Sorpresa! —Al poco tiempo de entrar en el jardín de infantes, mi hijo mayor, Brian, empezó a presentar el mismo carácter difícil que tenía yo de niña. Desde ese día ha tenido choques con una maestra tras otra. Lograr que se

porte bien ha sido una lucha diaria, porque estoy resuelta a que ninguno de mis hijos pase por lo que yo pasé...

Sin embargo, gracias a una maestra sabia que se niega a hacer hincapié en sus problemas, he aprendido a centrarme en sus cualidades positivas y a cuidar de que nadie me arrebate la alegría que este chico brinda, en vez de proyectar mi ansiedad sobre él.

Si Brian es como yo, siempre será impulsivo. De hecho me desobedece diariamente, y me la paso haciéndole sentir las consecuencias de sus actos. Pero sé que lo que más necesita mi hijo no es sólo disciplina, sino una cuota mayor de mi tiempo, de mi compañerismo. Pase lo que pase, debe saber que su madre siempre creará en él.

En los años 60, “inadaptación” era la divisa de la pedagogía. En ocasión de una conferencia, Martin Luther King desconcertó a padres y maestros cuando dijo, según un colega: “Gracias a Dios por los niños inadaptados”, en otras palabras, aquí no hay problema alguno. La posición de King era más que una defensa sentimental del niño “difícil” (y desfavorecido); capta de manera soberbia la esencia de la paternidad.

En vez de callar al niño que nos hace pasar vergüenza, o de enojarnos con el que no encaja, en vez de analizar al niño problemático y sacar conclusiones funestas acerca de su futuro, debemos acogerlos a todos con los brazos abiertos y aceptarlos tales como son. De ellos aprendemos que “portarse bien” tiene sus límites, que es aburrido “conformarse”; en cambio, nos enseñan la importancia de ser genuinos, la sabiduría de ser humildes, y la verdad inamovible de que nada bueno se consigue sin lucha.

8. Reverencia

*Cuando un niño camina por la calle,
una cohorte de ángeles le precede
y proclama: “¡Abrid paso a la imagen
del Santísimo!”*

R E F R Á N H A S Í D I C O

En una sociedad plagada de incontables problemas, los peligros que acechan a los niños son obvios: pobreza, violencia, indiferencia, enfermedad, maltrato y un sinnúmero de otros males. Visibles o invisibles, sufridos o sólo contemplados, siempre han existido y todo el mundo concuerda en que son terribles. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlos? En un artículo del año 1919 sobre el tema de reforma social, Hermann Hesse⁷ propuso que el primer paso consiste en determinar la causa fundamental de esos males, o sea, nuestra falta de reverencia frente a la vida.

Toda falta de respeto, toda irreverencia, toda dureza de corazón, todo desprecio es nada menos que el asesinato. Y puede que se mate no sólo lo que vive en el presente, sino también lo que vive en el futuro. Con un poco

⁷ Autor alemán, 1877-1962; premio Nobel de literatura, 1946.

de escepticismo salado podemos matar gran parte del futuro de un niño, de un adolescente. La vida espera por doquier, florece por doquier; de ella percibimos tan sólo un fragmento, y estropeamos una gran parte con los pies...

Aquí Hesse llama nuestra atención a un peligro—quizás el más nocivo en el mundo de hoy—que amenaza a los niños y ha penetrado en nuestra cultura, incluso en nuestro lenguaje: la irreverencia, la falta de respeto al niño. Se manifiesta en la forma petulante como nos referimos a los niños tildándolos de mocosos y diablitos, en el sarcasmo que nos permite reírnos de ellos, en el desdén por sus sentimientos que demostramos al hablar de sus defectos en su presencia (o a sus espaldas). Se manifiesta en nuestro hábito de clasificarlos, cuando nos deleitamos con un chico y nos quejamos de otro, y cuando, sin pensar, llamamos “ilegítimo” al hijo nacido fuera de matrimonio. Pero no son las palabras lo que más debe preocuparnos.

La irreverencia, síntoma fundamental del desamor, contribuye en gran medida a cada uno de los males sociales mencionados en este libro. Si esta afirmación parece exagerada, basta pensar en un mal tan generalizado como el del divorcio. Si hubiera reverencia, no se toleraría la mentalidad que lo considera “aceptable”. Escribe Ari, un profesor amigo en la universidad Columbia de Nueva York:

Opino que el divorcio es la deplorable ruptura de un contrato, y con toda seriedad propongo que los hijos tengan la libertad de poner pleito a sus padres. Considérense los hechos: Dos personas acuerdan crear a un ser humano y prometen brindarle amor, un hogar, seguridad y bienestar. Sin duda lo hacen con las mejores intenciones, pero a partir de algún momento algo no marcha bien. Se percatan de que en realidad se detestan, o que por alguna u otra razón ya no pueden convivir. Sin embargo, al tomar la decisión de separarse piensan primero en sí mismos y se olvidan del contrato que hicieron con sus hijos. No creo—como a menudo se oye decir a padres a punto de divorciarse—que la separación sea “lo mejor para el niño”. Mi experiencia me ha enseñado lo contrario.

Ahora bien, se alegraría, ¿acaso mis padres no me libraron de un hogar infeliz donde peleas y enfrentamientos airados eran el modo de comunicarse? No lo creo. Más bien creo—aunque todavía sean hoy tan incompatibles como entonces—que podrían haber aprendido a no gritarse y a no tirar las puertas. Al menos podrían haberlo aprendido con más facilidad que yo aprender a ser hijo de padres divorciados.

Tan común es el divorcio hoy día, que mi manera de pensar sobre ello no goza de popularidad. Algunos (por lo general personas divorciadas con hijos) me acusan de ser egoísta. Pero no se trata únicamente de mí —algún día lo oirán de boca de sus propios hijos. Una infancia perdida no se recupera.

Por dura que parezca la propuesta de Ari, resulta leve comparada con lo que propone Jesús para quienes despojan a un niño de su infancia: “Cualquiera que haga tropezar a uno solo de estos pequeños que creen en mí, mejor sería que le ataran al cuello una piedra de molino, y que le echaran al mar”. Estas palabras sólo se comprenden a la luz del espíritu de reverencia —ese espíritu que abre sus brazos a los niños y se opone a cuanto los desprecia y rechaza, cueste lo que cueste.

No hay reverencia sin amor. Pero es más: reverenciar significa apreciar las cualidades del niño (atributos que los adultos no tenemos ya), y tener la humildad de aprender de él. Reverenciar significa aceptar a la niñez por lo que representa en sí, y a cada niño tal como es.

Sentir reverencia también significa confiar. El Midrás judío nos cuenta lo siguiente. Cuando Dios estaba por entregar la Torah al pueblo de Israel, exigió que le garantizaran su preservación. Primero ofrecieron a sus ancianos en garantía, pero Dios rechazó la oferta por insuficiente. Entonces le ofrecieron a los profetas, pero tampoco los consideró suficientes. Sólo cuando le ofrecieron a sus hijos, se dio por satisfecho: “Los niños son, de cierto, buenos garantes. Por los niños os daré la Torah”.

Por último, sentir reverencia equivale a profesar hondo respeto, como lo expresan las siguientes palabras de mi abuelo:

Son los niños quienes nos guían hacia la verdad. Nosotros no somos dignos

de educar ni a uno solo de ellos. Nuestros labios están manchados; nuestra dedicación no es total. Nuestra honradez es fragmentaria; nuestro amor, parcial. Nuestra bondad está plagada de segundas intenciones. Aún no nos hemos librado del desamor, de nuestros impulsos posesivos y egoístas. Sólo los sabios y los santos—sólo quienes son como los niños en presencia de Dios—son capaces de vivir y trabajar con los niños.

Pocos somos quienes nos llamaríamos sabios o santos. Precisamente por esto mismo la piedra angular de la educación ha de ser más que el saber y la comprensión; debe incluir la reverencia. En la novela de Erich María Remarque⁸, *Der Weg zurück* (El retorno), escrita poco después de la Primera Guerra Mundial, hay un pasaje que ilustra esta idea de manera inolvidable. El personaje que habla es Ernst, un maestro y ex combatiente de las trincheras.

Llega la mañana. Voy a mi clase. Los pequeños están sentados con los bracitos cruzados. En sus ojos aún se ve todo el tímido asombro de la niñez. Me miran con tanta confianza, con tanta fe... y de repente siento dolor en el corazón.

Aquí estoy ante vosotros, uno de los cientos de miles de hombres destrozados a quienes la guerra despojó de toda su fe y de casi todas sus fuerzas. Aquí estoy ante vosotros, y veo cuánto más vivos, cuánto más arraigados en la vida estáis que yo. Aquí estoy, y ahora me cabe ser vuestro maestro y guía. ¿Qué voy a enseñaros? ¿Que dentro de veinte años estaréis resecos y vencidos, cegados vuestros impulsos más espontáneos, y comprimidos—sin piedad—en un molde idéntico para todos? ¿Que toda educación, toda cultura y toda ciencia no serán más que una burla cruel mientras los hombres se hagan la guerra con gases, acero, pólvora y fuego en nombre de Dios y de la humanidad? ¿Qué debo enseñaros entonces a vosotros, pequeñas criaturas, las únicas que no habéis sido mancilladas por estos años terribles?

¿Qué puedo enseñaros yo? ¿Voy a deciros cómo arrancar de un tirón la espoleta de una granada de mano y lanzarla contra un ser humano? ¿Cómo atravesar a un hombre con una bayoneta, cómo derribarlo con un garrote, cómo matarlo con un golpe de pala? ¿Voy a haceros una demostración sobre la mejor manera de apuntar un fusil a ese milagro tan incomprensible, otro

⁸ Autor alemán, 1898-1970, cuyos libros son una protesta contra la guerra; el más famoso: *Sin novedad en el frente*.

pecho que respira, otro corazón vivo? ¿Voy a explicaros lo que es el tétanos, qué es una columna vertebral fracturada o un cráneo despedazado? ¿Voy a imitar el quejido de un hombre herido en el estómago, el gorgoteo del pulmón abierto de otro o el silbido de otro más con una herida en el cráneo? Otra cosa no sé. Otra cosa no he aprendido.

¿He de llevaros ante el mapa verde y pardo, recorrerlo con el dedo y deciros: aquí fue donde asesinaron al amor? ¿He de explicaros que los libros que tenéis en manos no son más que redes con las cuales los hombres se proponen atrapar vuestras almas sencillas para enredarlas en la maleza de hermosas frases y el alambrado de falsas ideas?

Aquí estoy ante vosotros, yo, un hombre manchado, culpable, y sólo puedo imploraros que permanezcáis siempre como sois y nunca permitáis que se abuse de la brillante luz de vuestra niñez para encender las llamas del odio. En vuestras frentes aún hay un soplo de inocencia. ¿Cómo puedo entonces arrogarme el derecho de enseñaros? A mí todavía me persiguen los años sangrientos. ¿Cómo puedo atreverme a andar entre vosotros? ¿No debo primero volver a ser niño?

Siento que me empieza a entrar un calambre, como si me estuviera convirtiendo en piedra, como si me estuviera desmoronando. Despacio, me dejo caer en la silla y comprendo que no puedo permanecer aquí ni un minuto más. Trato de aferrarme a algo, pero no puedo. Entonces, después de un tiempo que me ha parecido infinito, la catalepsia cede. Me pongo de pie. “Niños”, digo angustiado, “podéis ir. Hoy no habrá clases”.

Los pequeños me miran, como para asegurarse de que lo digo en serio. Vuelvo a decirlo: “Sí, es verdad, podéis ir a jugar —todo el día. Id a jugar en el bosque, o con los perros y los gatos. Y no volváis hasta mañana”.

Con gran estrépito echan las cajas de lápices en sus carteras. Bulliciosos, y con un gorjeo de pajarillos, salen disparados...

Camino de la estación, me encuentro a un par de niñas con las boquitas embarradas y cintas flojas en el pelo que salen de una casa vecina. Acaban de enterrar en el jardín a un topo muerto, así me dicen, y oraron por él. Luego me hacen una reverencia y me dan la mano: *“Auf Wiedersehen, Herr Lehrer”*. (Hasta mañana, señor maestro.)

Haga usted el experimento en su aula, trate de imitar a Ernst en la vida real. Se pondrá en riesgo de que le censuren severamente. Posiblemente perderá su puesto. Pero lo importante en este pasaje de Remarque no es el incidente en sí. Es el hecho de que un hombre, inspirado por un espíritu olvidado en nuestra época, comprende que frente a la inocencia y vulnerabilidad, la honradez y espontaneidad hay una sola respuesta —la reverencia.

El concepto del niño como maestro no es nuevo, pero merece ser redescubierto una y otra vez. Es lógica consecuencia de una actitud reverente frente al niño, con más razón cuando se trata de niños con dificultades o discapacidades. De ahí que incluyo las siguientes reflexiones de Ramsey Clark, ex procurador general de los Estados Unidos. Clark es buen amigo y compañero en la lucha por la paz y padre de una mujer notable.

Ronda, nuestra primogénita, era una criatura excepcionalmente hermosa. Durante su primer año, tanto a nosotros como a su pediatra todo nos parecía normal. Pero antes de cumplir ella los dos años, comenzamos un largo peregrinaje por diversas instituciones médicas en busca de diagnóstico y tratamiento porque tardaba en aprender a hablar. Durante varios años viajamos de un lugar a otro, consultando a especialistas que sometieron a Ronda a toda clase de pruebas. A menudo los diagnósticos eran diametralmente opuestos. (Observaciones y pruebas posteriores revelaron que padecía de un leve retardo mental y de una forma benigna de epilepsia.)

Cuando Ronda estaba por cumplir los seis años de edad, estábamos ansiosos por brindarle las mejores oportunidades disponibles para su educación. Ni las escuelas públicas ni los colegios privados se adaptaban a sus necesidades. Los centros de educación para sordos no disponían de servicios para personas con discapacidades múltiples...

A lo largo de los años, buscamos soluciones en una serie de diferentes centros de rehabilitación. Tanto Ronda como nosotros tuvimos que hacer muchos ajustes; pero a todo lo largo de este proceso Ronda fue enérgica y aprendió a un ritmo constante, aunque con dificultad. Ha adquirido un vocabulario de varios miles de palabras. Escribe cartas breves y sencillas. Su lenguaje de signos es casi demasiado rápido para el ojo humano; opina que

en esta materia su madre merece bajas calificaciones y su padre es bastante torpe. Posee una memoria increíble...

Hace mucho ya que dejamos de preguntarnos porqué Ronda no oye y no comprende como nosotros, y nos maravillamos por su sabiduría, su bondad y la alegría que irradia.

Al entrar en el modesto despacho de abogado de Ramsey Clark, la primera persona que encuentro es Ronda, sentada a la mesa con un lápiz de color entre los dedos. Es una escena sorprendente y hermosa, como no he visto en otras oficinas de Nueva York. Ramsey explica:

A la vez de ser presencia agradable, Ronda es fuente de continuas sorpresas. Le encanta desempeñar cualquier tarea que se le pida y siempre está dispuesta a acompañarnos. Antes que nada, Ronda es quien nos enseña cuáles son las cosas importantes en la vida: el placer de estar juntos y ayudarnos unos a otros, la belleza de ser afectuosos y tener paciencia, la futilidad de cosas materiales, el absurdo de la fama y del prestigio personal y el daño que causa el egoísmo. Nuestra hija nos ha enseñado el papel fundamental del amor para dar sentido a la vida de cada persona.

El amor de este padre por su hija manifiesta un componente fundamental de la reverencia, esto es, la humildad. Al mismo tiempo refleja la fe en que cada niño viene al mundo con un propósito de acuerdo al plan de Dios. Esto no es una verdad evidente, ya que hoy día a menudo se evalúa a una persona por su mérito —su inteligencia y atractivo, sus inversiones y cuentas bancarias. Pero si amamos realmente a los niños, acogeremos a cada uno de ellos con los brazos abiertos, sin parar mientes en el color de su piel ni en sus aptitudes, la composición de su familia o su clase social.

Lamentablemente, el estado de nuestra cultura es tal que no sólo marginamos a un sinnúmero de niños sino que, para asegurarnos que no nazcan aquellos cuya llegada a este mundo queremos evitar, destruimos a millones más. Seamos justos y demos por válido que para muchas personas el aborto equivale al asesinato. Por mi parte, lo llamaría el colmo de la irreverencia. Pero aun quienes lo

juzgamos una práctica errada, ¿qué ganamos con atacar a quienes la defienden? ¿No deberíamos más bien procurar que ninguna mujer se vea forzada a recurrir al aborto? ¿No deberíamos abrigar la esperanza de que los desolados—mujeres y hombres—puedan sanarse de su pesadumbre?

Dorothy Day, la legendaria pacifista y fundadora del *Catholic Worker* (Trabajador Católico), recurrió al aborto en su época bohemia. Más tarde tuvo una hija, Tamar, y pudo escribir: “Hasta el más encallecido y el más irreverente queda deslumbrado ante el estupendo hecho de la creación. Por más descarada e indiferente que sea la actitud del mundo frente al nacimiento de un niño, nunca dejará de ser un formidable suceso, tanto en lo espiritual como en lo físico”.

La llegada de Tamar cambió la vida de su madre. En efecto, todo niño tiene este poder de transformación, lo cual es cierto aun del que nace muerto o muere en la primera infancia. A León Tolstoi, la muerte de uno de sus hijos trajo paz, aunque pasajera, al seno de su matrimonio plagado por desacuerdos. Al reflexionar sobre esa vivencia, Tolstoi escribió a un amigo:

Nuestro hijo vivió para que, quienes estábamos a su alrededor, nos sintiéramos inspirados por el amor común; para que, al abandonarnos y volver a su hogar con Dios Padre quien es Amor, nos uniéramos más estrechamente unos con otros. Mi esposa y yo nunca estuvimos más cerca que ahora, y nunca antes sentimos tal necesidad de amor, ni tal aversión a toda discordia, a todo mal.

De niño sentí algo de esto, dado que mis padres pasaron por una experiencia similar. Yo tenía seis años de edad cuando mi hermana Marianne murió sólo veinticuatro horas después de haber nacido. No obstante, ella ha sido parte importante de mi vida desde entonces. Dos días antes de dar a luz, mi madre sufrió un ataque al corazón que por poco se muere. Sólo por un milagro sobrevivió al parto en el primitivo hospital del pueblito paraguayo donde vivíamos.

Más de una vez en mi trabajo pastoral he sido testigo de que la vida de un

niño, por breve que sea, es capaz de transformarnos, siempre que lo permitamos. Hace unos cuantos años quedé profundamente impresionado cuando vino al mundo un bebé cuyo hermano gemelo había nacido muerto. Ese acontecimiento (relatado aquí por Joe, el padre) muestra que incluso un niño que nace muerto puede ayudarnos a descubrir el profundo significado de la reverencia.

Al poco tiempo de enterarnos de que uno de nuestros gemelos no iba a sobrevivir, Deborah y yo concertamos una cita con nuestro obstetra para hablar con él de lo sucedido y del futuro. El doctor no sabía explicar por qué había muerto in utero el bebé; quizás nunca lo sabríamos... Una observación en particular nos conmovió. “Cuando llegue el bebé muerto”, dijo, “puede estar descolorido, flácido, arrugado, pero no nos importará su apariencia. Para nosotros será hermoso”. Y después, dirigiéndose a Deborah: “Fue un alma viviente dentro de ti. Lo sentiste moverse, le hablaste, lo quisiste como sólo puede querer una madre, y lo querrás no importa cómo se vea”. La alentó a tomar en sus brazos a ambos bebés.

Al principio, la perspectiva de enterrar a uno de nuestros pequeños nos resultaba extremadamente difícil, sobre todo cuando pensábamos en lo penoso que sería el parto. Pero en los días subsiguientes nos dimos cuenta de cuán precioso sería ese día —tendríamos muy poco tiempo para ver y tomar en brazos al bebé, y podríamos hacer muy poco por él. De manera que empezamos a ansiar que llegara ese día, aun sabiendo que sería muy duro...

Cuando por fin llegó el momento del parto, Lloyd, nuestro niño vivo, fue el primero en nacer. Deborah lo tuvo en sus brazos durante unos minutos. Mientras tanto continuaban las contracciones y esperábamos nerviosos, preparados para una larga batalla. Al final todo transcurrió sin complicaciones, y de repente el doctor anunció la llegada del otro bebé.

Loren, nuestro querido segundo gemelo, estaba muy bien formado, aunque sus huesitos se habían reblandecido y su pequeño cráneo se había desintegrado casi por completo. Pero eso no tenía la menor importancia; pronto una gorrita de punto lo cubrió. Coloqué una de sus manitas sobre uno de mis dedos y me quedé sentado así con él durante quince o veinte minutos.

Loren tenía las mismas manchitas blancas que Lloyd en la nariz.

La enfermera lavó el cuerpecito de Loren, su abuela tomó impresiones de sus pequeñas manos y pies. Deborah le cortó un mechoncito de pelo para pegarlo en su álbum. Después lo vistió con una batita y lo envolvió en una frazada. Luego lo colocamos en un minúsculo ataúd blanco que teníamos preparado en la pieza contigua.

Más tarde acostamos a Loren junto a su hermano en la pequeña cuna. Lloyd había estado inquieto, pero una vez que estuvieron uno al lado del otro, se tranquilizó y se durmió. ¿Habría sabido que era la última vez que estarían juntos? Entonces volvimos a colocar a Loren en su féretro y pusimos un ramito de flores entre sus manitas.

En ese momento nuestros otros hijos entraron para ver a sus dos hermanitos. Les habíamos dicho lo que había sucedido, pero no sabíamos cómo iban a reaccionar. Se arremolinaron en torno al pequeño ataúd y lo contemplaron en un silencio absoluto. No parecían ni confusos ni temerosos de su apariencia...

Loren nunca llegó a respirar, nunca abrió sus ojos, nunca emitió un sonido. Murió antes de salir del seno de su madre. Nunca conoceremos la causa ni el momento exacto de su muerte. Pero sí sabemos que Loren nos fue confiado para que cuidáramos de él, aunque fuera por breve tiempo. Tenemos la certeza de que Dios tuvo un propósito, y que ese propósito se realizó.

Quienes no lo comprenden, podría tentarles decir que Loren nunca vivió. En cuanto a nosotros, Loren transformó nuestras vidas. Y Lloyd recordará siempre a su primer compañero de juegos; a lo largo de toda su vida será consciente de la presencia de su gemelo. Casi todos los días nos dice que su hermanito "lo mira desde el cielo". Aunque fuera por esta única razón, sabemos que Loren no vivió en vano.

9. Despegarse

*Puedes cobijar sus cuerpos,
pero nunca sus almas...
No puedes visitarlas, ni en tus sueños.*

K A H L I L G I B R A N

No es pequeña empresa educar a un solo niño —salvar los arrecifes de la niñez, navegar por los estrechos rocosos de la adolescencia y conducirlo seguro, en pleamar, hacia el puerto de la adultez. Pero el viaje no termina ahí. Después de criar a nuestros hijos y dejarlos firmes en sus propios pies, debemos desprendernos de ellos. Al final, queramos o no, los niños maduran y siguen su camino. Nuestra tarea, pues, consiste en capacitarlos en primer lugar para tomar sus propias decisiones y mantenerlas con firmeza cuando salgan a lo que el pedagogo suizo Johann Heinrich Pestalozzi⁹ llama “la corriente del mundo”. Viktor Frankl, un sobreviviente de Auschwitz, autor de *Man’s Search for Meaning* (El hombre en busca de significados), escribió:

Los estudios sobre la herencia han demostrado cuán grande es la libertad del hombre comparada con lo que está predispuesto. Sabemos también que no es el medio ambiente lo que determina al individuo, sino que todo depende

⁹ 1746-1827.

de lo que el individuo haga de él, o sea, de su actitud frente al medio ambiente. Pero entra en juego otro elemento: la decisión. ¡En última instancia, somos nosotros los que decidimos! Y, en fin de cuentas, la educación siempre debe tener por meta capacitar a la persona para tomar decisiones.

El consejo de Frankl es muy atractivo, pero resulta más fácil reflexionar sobre él que llevarlo a la práctica. Una y otra vez sucumbimos al impulso de tomar decisiones por nuestros hijos en lugar de guiarlos para que decidan por sí mismos. Quienes más necesitan tal guía son los adolescentes; sin embargo, es precisamente en esa fase de su desarrollo que menos confiamos en su aptitud para ser hombres y mujeres independientes.

El mundo del joven adulto es una maraña de tensiones. Insiste en que lo dejen solo pero siente la necesidad de que lo incluyan; ambiciona la libertad mas quiere asumir responsabilidades; se siente invencible mas teme fracasar; aborrece el conformismo pero ansía ser aceptado. Agréguese las continuas fricciones suscitadas por la presión de compañeros y amigos de un lado, y por la autoridad paterna del otro. No ha de sorprendernos, pues, que sean tan pocos los adolescentes que escapan ilesos de estos conflictos, y que tantos jóvenes queden marcados para toda la vida. Sin duda es ésta la razón por la cual muy pocos padres están dispuestos a esperar para ver cómo sus hijos se las arreglan solos.

Un amigo que no se cansa de enviarme mensajes por correo electrónico, recientemente me mandó una adivinanza: ¿Cuál es la diferencia entre una madre y un Rottweiler? (Respuesta: El perro al final suelta su presa.) Es un buen chiste, pero en la vida real no es tan gracioso. La razón es simple. Aferirse a un niño es aplastarlo. No importa que las intenciones sean buenas. Y si el niño logra escapar aparentemente ileso, tarde o temprano se manifestarán las cicatrices. La mayoría de los adolescentes que conozco, si bien aceptan el hecho de que se les imponga límites, se someten a éstos sobre todo para evitar las consecuencias. Pero no quieren dar su brazo a torcer y admitir que estos límites existen para su protección.

Ed, consejero vocacional, dice que entre los adolescentes con los cuales ha trabajado, quienes más rápidamente repudian los valores de sus padres son los que fueron más protegidos y nunca tuvieron oportunidad de probar sus alas.

Nick era un jovencito modelo mientras asistía al colegio secundario. Era cortés y amable y obedecía a sus padres. Pero había que verlo cuando se fue de casa: bebedor, obsesionado por el sexo y totalmente incapaz de contenerse...

Cara, otra estudiante, tenía la impresión que sus padres no la apreciaban como hija, sino sólo como reflejo de ellos mismos. La mayor parte del tiempo lograba ocultar su rebeldía, pero se enfurecía por dentro. Estaba convencida de que nunca alcanzaría el ideal de su papá, ser “la chica buena”, y cuanto más estrictos se ponían los padres, más se insubordinaba ella. Acabó por huir a la casa de unos parientes en California...

Ni Cara ni Nick eran peores que otros adolescentes. Pero los padres de ambos jóvenes les habían negado la oportunidad de cometer errores, y por más diligentes que fuesen en educar a sus hijos, todos sus esfuerzos se echaron a perder. El caso de Nick es clásico. El niño, al parecer celosamente preparado, se sometía mientras no tuvo más remedio. Tan pronto las circunstancias le permitieron sustraerse de la férula de sus padres, éstos ya no pudieron hacer nada —ni tampoco Nick mismo, porque sin respaldo no sabía mantenerse de pie. El caso de Cara también resulta conocido. Sus padres habían olvidado que Cara es un ser humano con su propia individualidad. Parecían actuar no tanto por legítima preocupación como por una actitud posesiva; acabaron por hacer batalla con las lógicas protestas de una hija que rehusaba ser pertenencia de sus padres.

¿Qué alternativa tenemos? La libertad de arriesgarse, dice mi abuelo. “La seguridad del niño no depende de una protección exagerada por parte de ansiosos adultos. Más bien hay que sembrar en él un instinto certero que lo orientará en momentos de peligro, y al mismo tiempo confiar en la vigilancia de una fuerza fuera de nuestro alcance. La mejor protección de un niño reside

en su libertad”.

Por supuesto, la libertad no supone que tenemos licencia para hacer todo lo que nos da la gana. El deseo juvenil de independencia es natural, pero hay que enseñar a los niños que esta independencia siempre acarrea responsabilidades. Darle rienda suelta a un adolescente, aun al más maduro, es buscarse líos y causa graves perjuicios. Mi vecina Jean, cuyos padres eran intencionalmente consentidores, cuenta lo siguiente:

Mis padres no estaban de acuerdo con los “aspectos represivos” en la niñez de mi madre, y decidieron adoptar métodos muy diferentes en la educación de sus hijos.

Mi padre me enseñó que “no existe la verdad absoluta”. Detestaba a quien sostuviese lo contrario, tildándole de ser de mente cerrada. Y para ilustrar su punto de vista ponía por ejemplo lo siguiente: Si bien la construcción de un nuevo puente para conectar a Brooklyn con Manhattan es muy ventajosa para quienes transitarán en auto por el puente, será terrible para quienes perderán sus casas cuando se lleve a cabo el proyecto. “Todo es relativo”, decía. “Lo que es bueno para unos es malo para otros”.

En mi vida, eso significaba que yo podía hacer lo que me venía en ganas. Decía mi padre: “Si tocas el fogón, aprenderás lo que es el calor. A través de tus experiencias te enteras de lo que es la vida”.

En casa, nunca me exigieron que yo hiciera tareas domésticas. Mi madre se quejaba a menudo del desorden que había en mi cuarto, pero nadie tomó la iniciativa para corregir tal estado de cosas. Recuerdo una ocasión en la cual anuncié que me iba de la casa, y mi padre me dijo: “Muy bien, voy a ayudarte a hacer la maleta”.

Estoy segura de haber tenido experiencias maravillosas en mi niñez; pero es un hecho que en nuestro hogar la idea de inocencia infantil no era muy popular. Mis padres me instruyeron sobre la bebida, los diferentes tipos de whisky, licores etcétera, y los cigarrillos. En el cuarto de baño siempre se podía encontrar el último número de la revista *Playboy*. Si yo quería volver tarde o quedarme a dormir fuera de casa, estaban de acuerdo... Mucho antes de alcanzar la adultez, ya lo había probado casi todo.

Muchos adolescentes pensarán que un hogar tan indulgente debe ser el ideal, pero Jean dice que no lo era. Niña retraída y tímida que era, la total ausencia de límites y prohibiciones no hizo más que aumentar su inseguridad, y la tornó infeliz y depresiva.

No conocía la verdadera alegría. Por dentro estaba vacía y me sentía desesperada por encontrar algo a lo cual asirme... Ahora que soy madre de adolescentes, me resulta muy difícil ayudarles. No quiero que sufran la misma carencia. Veo cuánto les hace falta normas bien definidas, pero a menudo me resulta imposible proporcionarlas. Yo misma sigo buscando una base sólida. Es como si siempre estuviera caminando sobre arenas movedizas.

A veces, criar hijos se asemeja a un ejercicio de equilibrismo, ya que es igualmente fácil consentir que ser mandón. Pero existe una tercera opción. La describe muy bien un padre que no tiene duda alguna sobre los objetivos que ha planteado a sus hijos, y a la vez está dispuesto a crecer con ellos y aprender de ellos.

Cuanto mayores se vuelvan mis hijos, tanto más evidente se me hace cuán inútil resulta tratar de mantenerlos en el camino "correcto" en vez de guiarlos para que desarrollen su propio sentido interno de dirección. Si empiezo a empujarlos tan pronto se desvían lo más mínimo, nunca aprenderán a reconocer sus propios errores... Por supuesto, hay que tener mucha paciencia y, lo que es más, confiar en que sus propias conciencias los dirijan.

Si pienso en mi adolescencia, no sé qué habría hecho en esa etapa sin la confianza que nos demostraron nuestros padres a mí y a mis hermanas, a pesar de las muchas veces que los frustramos y desilusionamos. En vez de distanciarse de nosotros a causa de esos incidentes, o de tomarlos como afrenta personal, mis padres los aprovecharon para profundizar las relaciones entre nosotros. Me ha acompañado siempre cierta frase que mi padre solía decirnos: "Prefiero que me traicionen diez veces, a vivir con la desconfianza". No hay nada que pueda estrechar tanto los lazos entre padres e hijos como esta lealtad.

Debemos estar convencidos de nuestros objetivos, sin tener en cuenta lo

que piensen nuestros hijos. Debemos saber lo que queremos y lo que no queremos para ellos. Pero una cosa es estar seguro y otra es ser autoritario. Así pues, cuando se da una situación de crisis es de vital importancia no sólo volver a poner las cosas en su lugar, sino (una vez hecho eso) confiar en las buenas intenciones de nuestros hijos, perdonarles y seguir adelante. Todos fuimos adolescentes y a todos nos tocó elegir opciones incorrectas; hicimos cosas que lamentamos luego, y sin embargo cada vez defendimos nuestras acciones. ¿Por qué insistir entonces en aplicar criterios más exigentes a nuestros hijos?

Cuando nuestros hijos nos echan retos, quizás tendemos a reaccionar en lugar de reflexionar antes de proceder. Hoy nos lanzamos iracundos a la refriega; mañana nos hacemos la vista gorda, y mientras tanto nos quejamos de cómo han cambiado los tiempos. Blumhardt escribió:

Demasiados padres exigen una sumisión excesiva de sus hijos adolescentes; los acosan hasta por asuntos muy insignificantes y los tratan como si fueran niños. Son intolerantes; regañan, castigan, siempre están criticando... Nunca dejan que en torno suyo se respire una atmósfera de cordialidad. Estos padres vigilan a sus hijos sin cesar, no les conceden su independencia. No nos maravillemos, entonces, de que el mayor deseo de esos hijos sea huir del hogar.

Es una situación más común de lo que se suele pensar. Nace del malsano emocionalismo que muy a menudo se confunde con el amor. Una y otra vez he sido testigo de padres que se aferran a sus hijos adolescentes con un afecto posesivo, es decir, con la esperanza de que éstos los amen a su vez, y cuando sus esfuerzos chocan con resistencia o rechazo, se sienten heridos. Los resultados casi siempre son desastrosos. Si estos padres pudieran ponerse en el lugar de sus hijos, en vez de quejarse por lo inabordables que son, encontrarían un nuevo enfoque y la posibilidad de llegar a un acuerdo. Digámoslo con palabras de mi abuelo:

Algunos niños se crían de manera increíblemente libre, y a mi parecer son atrevidos y desobedientes. Pero opino que demasiada libertad es preferible

al miedo que cohíbe a un niño a tal punto que confía en cualquiera menos en sus padres... Feliz aquel niño que tiene una madre con la cual puede desahogarse y contar siempre con su comprensión; y un padre en cuya fuerza y lealtad confía tanto que buscará su consejo y su ayuda durante toda la vida. Muchas personas quieren ser esos padres para sus hijos, y podrían serlo si poseyeran suficiente sabiduría y amor.

Es raro el niño al cual no se puede alcanzar de alguna manera, con paciencia, escuchándolo y, por lo menos, tratando de comprender las razones de su silencio, su rebeldía, su dolor, o, si todo falla, dándole a entender aunque sea que reconocemos la realidad de su sufrimiento. Imponer reglas y prohibiciones categóricas casi siempre es contraproducente, igual que las largas pláticas, las preguntas escudriñadoras y los intentos de que el niño “se abra”. Sobre todo conviene guardar el respeto, porque casi siempre inspira respeto a su vez. Bárbara, una amiga inglesa, recuerda:

Un día estaba muy decaída y enmarañada por dentro. Papá se tomó un día libre del trabajo y me llevó a dar un largo paseo por el bosque. Luego, ya tarde, almorzamos en una fonda campestre. No trató de hacerme hablar, y menos aún intentó darme buenos consejos; simplemente pasamos el día juntos. Fue un día muy especial para mí, que nunca olvidaré.

Algún tiempo después atravesé un período de gran depresión, y mi padre compró dos entradas para una función en un teatro londinense. Fuimos solos, papá y yo... Cuando pienso en esos años, tengo la certeza de que papá nunca llegó a saber el porqué ni la magnitud de mi tormento, ni hubiese podido sospechar cuánto significan ambos gestos hoy todavía para mí.

Este amor es la mayor seguridad que les podemos ofrecer a nuestros niños y adolescentes. Y como ponen de relieve los recuerdos de Bárbara, no hay necesidad de decirlo con palabras. En fin de cuentas, demostramos nuestro interés en los demás no por lo que decimos, sino por lo que hacemos.

Por eso debemos considerar el futuro de cada niño con el debido respeto. Como ya hemos visto, siempre resulta contraproducente querer dominar al niño por motivos egoístas. Por el otro lado, la falta total de orientación puede

ser interpretada por el niño como falta de interés por sus anhelos y hasta por su propia persona. Pero cuando un hijo siente que su futuro importa a sus padres sencillamente porque lo quieren tal como es —entonces sí podrán enfrentar cualquier situación, hasta la más difícil. El amor siempre nos iluminará el camino.

De una manera u otra, todos queremos que nuestros hijos sigan nuestras huellas, o al menos que adopten nuestros valores fundamentales. Cuando carecen de rumbo, sentimos la necesidad de encauzar sus energías hacia un fin positivo; cuando están confundidos o inseguros, queremos guiarlos y apoyarlos. Cuando, en su primera adultez, por fin se desprenden de las faldas maternas, nos sentimos tentados a recalcar su obligación de asumir nuevas responsabilidades.

Todo esto es muy normal. Pero si amamos a nuestros hijos, no los forzamos ni dominamos. Entendemos que nuestro papel no consiste en ser dueños sino protectores. Nos guiará el espíritu de reverencia que en cada ser humano ve a una criatura con su propio valor único e innato, y nunca olvidaremos, como dijo mi abuelo, que “cada niño es una idea concebida en el pensamiento de Dios”. En consecuencia, siempre tendremos presente la necesidad trascendental de que este niño encuentre el significado que la vida guarda para él sólo.

Esta manera de percibir al niño, por convencional que sea, entraña una profunda responsabilidad. Y ello es especialmente cierto en nuestros tiempos. Hoy día se habla mucho de la importancia del individuo, pero esta sociedad de homogeneización cultural nos ha dejado más similares los unos a los otros que nos gustaría reconocer. Elijamos el círculo de personas que queramos y veremos que todas se visten igual, comen la misma comida rápida, leen los mismos libros y revistas, ven los mismos programas de televisión; hablan sobre los mismos escándalos de personas célebres, las mismas catástrofes, los mismos acontecimientos políticos. Se nos ha hecho creer que somos nuestros propios dueños, pero ya no sabemos ni pensar por nosotros mismos. Foerster tiene una opinión acerca de las causas de este estado de cosas.

Si carecemos de un ideal que nos sirve de modelo para fortalecer el carácter, seremos presa fácil de nuestras inclinaciones sociales, a saber, del miedo a que nos conozcan tal como somos, de la ambición, del ansia de que nos admiren, y de todos los demás instintos gregarios. La sociedad despersonalizada, el continuo traslado de gentes, la organización centralizada, la capacidad expresiva y el poder sugestivo de la opinión pública —todo esto está aumentando. Mientras tanto, disminuye la atención que se presta a la vida interior. El individuo, pues, está condenado a desaparecer, por más que se proclame el individualismo.

Si nos empeñamos de veras en la formación de nuestros hijos como individuos—de educar a jóvenes de ambos sexos con fuerza suficiente para encararse con cualquier gentío—cambiaremos la manera de tratarlos y, lo que es más, comenzaremos a creer en ellos. Ya no nos preocuparemos por si se sienten cómodos y bien ajustados, o sobrecargados y tensos; al contrario, los alentaremos a ser más responsables, perseverantes y desinteresados. En vez de ser una presencia pasiva y confiar en que, con el tiempo, madurarán y “se encontrarán a sí mismos”, los estimularemos y les propondremos retos y objetivos.

Por último, reconociendo no obstante que son ellos quienes deben decidir qué hacer con sus vidas, los amaremos lo suficiente como para echarlos, despacito, del cómodo nido que les habíamos hecho. Les ayudaremos a percatarse de que la vida no es sólo encontrar un buen empleo y vivir bien, que hace falta poner las miras más allá del propio bienestar.

Hoy día tantos jóvenes se sofocan en medio de montones de riqueza material, aburridos y aislados en ambientes artificiales que prometen la felicidad pero que los paralizan al protegerlos del mundo real. Y no hay que asombrarse. La juventud no busca el bienestar ni la seguridad; quiere riesgos y sacrificios, o por lo menos quiere aplicarse en alguna forma. Dave, un pastor amigo mío en Littleton, Colorado, regularmente organiza actividades de servicio voluntario por parte del grupo juvenil que dirige. Me dijo lo siguiente:

Toda persona joven quiere participar, hacer alguna contribución positiva, dar de sí misma... Si logras que se interesen por otra gente, siempre salen a

flote. Servir a los demás no es cómodo, pero da un propósito a la vida y te obliga a pensar en otros.

O bien te decides a vivir para los demás o vas a terminar consumido por ti mismo. Una vez que empieces a dar de ti, verás que todos tus anhelos serán satisfechos.

A muchos niños y adolescentes se les hace sentir que son inútiles, que nada tienen que ofrecer. Pero, si les diéramos las oportunidades adecuadas, estoy convencido de que, como Dave, veríamos cuántos anhelan hacer algo más que salvar el propio pellejo. No hay joven adulto, sea de donde sea y a despecho de las actitudes y preocupaciones que ostente, que no quisiera ayudar a sus congéneres, cambiar las cosas en su alrededor y transformar el mundo.

Al ofrecer estas oportunidades a nuestros hijos, les ayudaremos a extenderse más allá de su pequeño yo, y les daremos la certeza de que no sólo tienen algo que dar, sino que tienen la obligación de darlo. Y con el tiempo, comprenderán que la pregunta a plantearse no es, en las palabras de Viktor Frankl: “¿Cuál es el sentido de mi vida?”, sino: “¿Qué exige la vida de mí?” Frankl añade:

También puede expresarse de otra manera... La vida nos plantea dilemas, y a nosotros nos corresponde asumir la responsabilidad de contestar estas preguntas. Podemos responder a la vida únicamente si nos hacemos responsables de nuestra propia vida.

Criar hijos a conciencia, pero dejarlos ir; protegerlos, pero alentar su espíritu de sacrificio; guiarlos, pero prepararlos para nadar contra la corriente —todas estas aparentes paradojas en la educación del niño se ilustran en la siguiente historia.

En 1943, Uwe Holmer era un adolescente vivaz de catorce años, miembro activo de la Juventud Hitleriana de su localidad. Un día su madre encontró en su cuarto un número de la revista *Der schwarze Korps* de la SS (la policía militar del partido nazi). Cuando Uwe llegó a casa, su madre le habló muy seriamente y le pidió que nunca se incorporara a la SS. “Pero mamá, son los soldados más fuertes. Pelean hasta la muerte”, repuso Uwe. “Sí”, le contestó la madre,

En Peligro

“y son los que fusilan a prisioneros y a judíos. ¿Quieres vivir y morir por una organización de esa índole?” Uwe nunca olvidó la pregunta de su madre, ni la expresión de sus ojos.

Un año después, cuando Alemania trataba desesperadamente de postergar la derrota, el ejército aceptó a muchachos de quince años de edad. Los demás jóvenes de su grupo de la Juventud Hitleriana se presentaron como voluntarios en la SS; Uwe se negó. El líder del grupo lo llamó y le ordenó alistarse; le llenaron la solicitud y se la presentaron para que la firmara. Uwe siguió negándose. A continuación lo humillaron frente al grupo entero y le revocaron todos sus privilegios, pero él se mantuvo firme. Mucho más tarde dijo: “Se lo agradezco a mi madre... Su valentía al enfrentarme fortaleció mi convicción de querer dedicar mi vida a lo bueno”.

Después de la guerra, Uwe residió en Alemania del Este. Se casó, se hizo pastor y fundó una comunidad cristiana para adultos epilépticos y discapacitados. A lo largo de los años, la familia Holmer fue importunada por sus actividades pastorales, sobre todo bajo el gobierno autoritario de Erich Honecker. Pero después de la caída del Muro de Berlín en 1989, cuando Honecker, enfermo y odiado en toda Europa, tuvo que dejar su puesto, fueron Uwe y su esposa quienes lo acogieron a pesar de las amenazas de muerte y las continuas protestas a viva voz frente a su hogar.

Lo que más me admira de la historia de Uwe es su pragmatismo. En un tiempo y un lugar en los cuales la desobediencia a menudo se pagaba con la vida, tuvo las agallas para desafiar a la autoridad. Años después, incomprendido y ridiculizado, hizo frente a la opinión pública para defender a un fugitivo quebrantado que no tenía adónde ir. Las acciones de Uwe dan testimonio, no sólo de su heroísmo, sino también de la influencia de su educación.

La niñez se puede definir de muchas maneras, pero en todas hay una constante: el hogar, el centro de los primeros, indelebles recuerdos, el marco inalterable de las experiencias que nos acompañan a lo largo de nuestra vida. En última instancia, pues, la tarea de criar a nuestros hijos no es

cuestión de eficiencia, ni mucho menos de pericia ni teorías o ideales pedagógicos. Más bien se trata del amor que les brindamos y de los recuerdos que ese amor engendra, un amor que tiene el poder de volver a despertarse intacto, incluso años más tarde. Nos recuerda Dostoievski hacia el final de *Los hermanos Karamázov*:

Sepan, pues, que nada hay más alto ni más fuerte ni más sano ni más útil en nuestra vida que un buen recuerdo, sobre todo si lo tenemos de la infancia, del hogar paterno. A ustedes se les habla mucho de su educación; pues bien, un recuerdo de esta naturaleza, magnífico, sacrosanto, conservado desde la infancia, quizá sea la mejor educación. El que ha acumulado recuerdos de esta naturaleza, es hombre salvado para toda la vida. E incluso si no quedara más que un solo recuerdo bueno en nuestro corazón, puede que un día ese recuerdo nos salve.¹⁰

¹⁰ Los hermanos Karamázov, pág. 1110.

Epílogo

*Nunca queda tiempo para decir
nuestra última palabra —nuestra última
palabra de amor o de remordimiento.*

J O S E P H C O N R A D

Leer (o escribir) sobre la crianza del niño es una cosa; es otra muy diferente llevarlo a la práctica. Las palabras acuden con facilidad a la mente; y lo mismo sucede con las anécdotas y las sugerencias. Pero, sin hechos, la mejor teoría pedagógica y el más confiable instinto materno resultan inútiles. Hay que poner a un lado los libros y salir al encuentro de los niños que necesitan de nuestro amor.

En los Estados Unidos hay miles, tal vez millones, que nunca han conocido un gesto de ternura de padre o madre. Se acuestan solitos, con hambre, con frío. Y los que tienen padres que los albergan y alimentan, reciben muy poco amor de sus progenitores. Añádanse los incontables niños que nunca conocerán ese amor porque sus madres y padres, atrapados en el ciclo cruel de pobreza y delincuencia, acaban en las cárceles.

Aun así, no debemos desesperar. Si sólo unos pocos de quienes disponemos de los recursos necesarios dedicáramos tiempo y energía a socorrer a un solo

niño en peligro—que podría ser nuestro propio hijo—quizás muchos se salvarían. Y aunque nuestros esfuerzos parezcan insignificantes, un acto de amor jamás es en balde. Aunque sea invisible, siempre tiene significado; junto con otros, es una fuerza capaz de cambiar al mundo.

Si esas promesas parecen presumidas, no es porque sean vanas. Más bien es por habernos olvidado de que el vínculo que une cada generación a la siguiente trasciende el parentesco de sangre. El amor entre padre o madre y su hijo—el nexo más antiguo y potente de la humanidad—es un regalo para el futuro, una herencia para la posteridad.

Desgraciadamente, lo que se entiende hoy día por vida en familia a menudo no son más que sus ruinas, lo cual en muchas personas crea una actitud fatalista acerca del estado actual de nuestra sociedad. Pero no permitamos que los pesimistas tengan la última palabra. Dorothy Day escribió:

La sensación de futilidad es uno de los mayores males de nuestra época... La gente se pregunta: “¿Qué puede lograr un solo individuo? ¿Qué sentido tienen nuestros pequeños esfuerzos?” No se dan cuenta de que sólo se puede colocar un ladrillo a la vez, dar un paso a la vez. Sólo podemos responsabilizarnos de la acción que realizamos en este momento.

La importancia de vivir en el presente es otra lección importante que aprenderíamos de los niños, si dejáramos a un lado nuestras “soluciones” adultas y atendiéramos a las suyas.

Se dice con frecuencia que los niños “son nuestro futuro”, o que debemos educarlos “para el futuro”. Esta manera de pensar, que es natural, también tiene algo de restrictivo. No hay deleite tan grande como el de estar a la expectativa —la de ver crecer a nuestros hijos, observar el desarrollo de sus personalidades, preguntarnos cómo serán en el futuro. Pero es en el presente que debemos satisfacer las exigencias de los niños que han sido confiados a nuestro cuidado.

Siempre hay un mañana, pero, ¿cómo sabemos si mañana viviremos? Siem-

pre hay nuevas oportunidades, pero, ¿cuántas se convertirán en ocasiones perdidas? ¿Podemos dejarlo todo por el bien de un niño —no a regañadientes, sino con gozo?

Si no sabemos contestar estas preguntas, quizás es hora que aprendamos la lección más importante: lo que necesita un niño—orientación, seguridad y, sobre todo, amor—lo necesita ahora. A los niños no les podemos decir “mañana”. Ellos viven hoy.

Agradecimientos

Al mismo tiempo de dar las gracias a todas las personas que han colaborado en este libro, entre ellas en primer lugar a mi esposa Verena, deseo expresar mi reconocimiento a los siguientes escritores y editores:

Mitch Albom, por el pasaje tomado de su libro *Tuesdays with Morrie: An Old Man, A Young Man, and Life's Greatest Lesson*. Derechos reservados ©1997 Mitch Albom. Con autorización de Doubleday / David Black Agency.

Martha Beck, por el pasaje tomado de su libro *Expecting Adam: A True Story of Birth, Rebirth, and Everyday Magic*. Derechos reservados ©1999 MARTHA BECK. CON AUTORIZACIÓN DE TIMES BOOKS, UNA DIVISIÓN DE RANDOM HOUSE, INC.

CLYDE HABERMAN, POR EL PASAJE TOMADO DE SU ARTÍCULO "RAT RACE INTRUDES AT AGE FIVE", *The New York Times*, 10 de marzo de 2000. Derechos reservados © 2000 NEW YORK TIMES CO. CON AUTORIZACIÓN.

BARBARA KINGSOLVER, POR EL PASAJE TOMADO DE SU ARTÍCULO "EITHER LIFE IS PRECIOUS OR IT'S NOT", *The Los Angeles Times*, 2 de mayo de 1999. Derechos reservados ©1999 Barbara Kingsolver. Con autorización de la autora.

Ari Goldman, por el pasaje tomado de su libro *The Search for God at Harvard*. Derechos reservados ©1991 Ballantine Books, una división de Random House, Inc. Con autorización.

Los herederos de Paulette Goddard Remarque, por el pasaje tomado del libro de Erich Maria Remarque *The Road Back*. Derechos reservados ©1930, 1931, 1958 Erich Maria Remarque. Con autorización.